P. ÁNGEL PEÑA O.A.R

SAN JUAN BOSCO
CONFESOR

LIMA - PERÚ

SAN JUAN BOSCO CONFESOR

Nihil Obstat
P. Ignacio Reinares
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleto

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

ÁNGEL PEÑA O.A.R
LIMA - PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE: EL SACRAMENTO DEL PERDÓN
El pecado. Contrición y atrición
Pecados veniales y mortales
La confesión
Las indulgencias
Historia de la confesión

SEGUNDA PARTE: DON BOSCO CONFESOR
Primera comunión
Apóstol de la confesión
Confesión sincera
Sueños de Don Bosco
La alegría del perdón
Hacia la santidad a) Luis Orione
b) Francisco Besucco c) Miguel Magone
d) Domingo Savio
Milagros por la intercesión de María

TERCERA PARTE: LA MISERICORDIA DEL SEÑOR
El hijo pródigo
La misericordia del Señor. El infierno
Mi experiencia sacerdotal. Reflexiones

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En este libro queremos tratar el tema de la confesión y, a la vez, presentar a Don Bosco como un apóstol de este sacramento. En su trabajo de educador con los jóvenes, comprendió que para ayudarles a cambiar de vida y mantener una vida sana era necesario inculcarles la confesión y comunión frecuentes. Por eso, dedicó muchas horas de su vida a confesar a sus jóvenes y a todas las personas que acudían a él de todas partes.

La experiencia de Don Bosco y los consejos que daba a los jóvenes pueden ser útiles tambien a la gente de este siglo XXI tan necesitada de Dios. Ojalá que la lectura de estas páginas estimule a los lectores a confesarse y a recibir a Jesús Eucaristía frecuentemente para crecer cada día más en el camino de la santidad.

Nota.- MB se refiere a las memorias biográficas de Don Bosco.
Cat al Catecismo de la Iglesia católica.

PRIMERA PARTE

EL SACRAMENTO DEL PERDÓN

En esta primera parte, quiero exponer algunas ideas sobre el pecado y hablar sobre la doctrina de la Iglesia acerca de la confesión, sus orígenes, requisitos para hacer una buena confesión y las formas distintas de confesión.

EL PECADO

El pecado es exclusión de Dios, ruptura con Dios, desobediencia a Dios[1]. *En cuanto ruptura con Dios, rechaza a aquel de quien salió y que lo mantiene con vida y, por eso, es un acto suicida*[2]. El Catecismo nos dice que *el pecado es, ante todo, ofensa a Dios, ruptura de la comunión con Él. Y, al mismo tiempo, atenta contra la comunión con la Iglesia* (Cat 1440). *El pecado es un abuso de la libertad que Dios da a las personas creadas para que puedan amarle y amarse mutuamente* (Cat 387). Dios nos ha dado la libertad como capacidad de amar y, quien no ama y rechaza el amor, actuando con desamor, está yendo contra su propia esencia de ser humano, creado para amar. San Juan nos dice que *quien no ama, no conoce a Dios, porque Dios es amor* (1 Jn 4, 8). Por eso, el que no ama, *el que peca, es un esclavo* (Jn 8, 34), como dice el mismo Jesús. Y ser esclavo de uno mismo y de su egoísmo es no ser libre y no ser feliz. En cambio, Dios nuestro Padre quiere que seamos libres y felices; pero para ello es necesario amar.

El mismo Juan Pablo II afirmaba: *La libertad es para el amor. En el mandamiento del amor a Dios y al prójimo, encuentra la libertad su plena realización*[3].

San Agustín habla frecuentemente en sus escritos de que el amor a Dios es la máxima libertad. Y afirma claramente que, en este camino, no hay límite, porque *la medida del amor es el amor sin medida*[4]. Así que amar es libertad y felicidad, mientras que pecar es esclavitud e infelicidad.

Todo pecado es desamor, falta de amor o robo de amor. Al pecar, hemos dejado de amar y nos hemos hecho daño a nosotros mismos y a los demás. Hemos sido creados por amor y para amar y, al no vivir con amor, estamos yendo contra la esencia de nuestro íntimo ser humano, hecho de amor; nos estamos destruyendo espiritualmente. El pecado es una especie de suicidio espiritual. Nuestra alma queda vacía, sin amor, sin Dios y, por tanto, sin un sentido profundo para vivir. Una vida de graves pecados, en el fondo, es una vida sin sentido.

---

1 Exhortación apostólica Reconciliatio et paenitentia 14.
2 Ib. 15.
3 Juan Pablo II, *Memoria e identidad*, Ed. Esfera de los libros, Madrid, 2005, p. 56.
4 Epist 109, 2.

El pecador, al cerrarse en sí mismo, busca su propio interés, se vuelve egoísta y no puede amar de verdad. Si dice que ama, es sólo en apariencia. Su amor es un egoísmo disfrazado. De ahí que el pecador es un ladrón de amor, roba el amor que debía darles a los demás para que fueran más felices. Esto se ve, especialmente, cuando sus acciones van directamente en contra de los demás por el robo, el insulto, la mentira, la violencia etc. También ofende a la Iglesia, quien debía esperar más amor de sus hijos, que se alejan de ella y de los demás por el pecado y crean así desunión y división.

Así podemos comprender que todo pecado, incluso el más oculto, tiene una dimensión social, es un pecado social. A este respecto, decía el Papa Juan Pablo II: *Hablar de pecado social significa reconocer que en virtud de una solidaridad humana, tan misteriosa e imperceptible como real y concreta, el pecado de cada uno repercute en cierta manera en los demás. No existe pecado alguno, aun el más íntimo y secreto, el más estrictamente individual, que afecte exclusivamente a aquel que lo comete. Todo pecado repercute, con mayor o menor intensidad, con mayor o menor daño, en todo el conjunto eclesial y en toda la familia humana*[5].

Por otra parte, también el pecado rompe en cierta medida nuestra unión con el universo entero. Como cristianos, debemos estar unidos a Cristo y, en Cristo y con Cristo, a toda la Iglesia, a todos los hombres y a toda la creación. Al romper nuestra unión con Cristo, que es el punto central o lazo de unión de todos y de todo, ponemos un elemento discordante en la armonía universal. Y, como hay muchos hombres pecadores, la creación entera sufre la desunión y falta de amor.

Por eso, san Pablo afirma: *La creación está ansiosa esperando la manifestación de los hijos de Dios... Las criaturas tienen esperanza de que sean liberadas de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de los hijos de Dios. Pues la creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto* (Rom 8, 19-22). *El Padre quiere reconciliar con Cristo todas las cosas pacificando con la sangre de su cruz así las de la tierra como las del cielo* (Col 1, 20). *En Cristo nos eligió antes de la creación del mundo para ser santos e inmaculados ante Él por el amor... dándonos a conocer el misterio de su voluntad que se propuso realizarlo en Él, recapitulando todas las cosas en Cristo, las del cielo y las de la tierra* (Ef 1, 4-10).

Esto quiere decir que el Padre celestial quiere que toda la creación esté unida a Cristo por el amor y, para ello, necesita el amor de todos los seres humanos. Cuando ellos fallan por rechazar amar, pueden producirse hasta catástrofes naturales, producidas por el egoísmo humano, como si la creación gimiera con dolores de parto hasta ver a Cristo unido a todos y haya paz y armonía universal. En la realidad vemos cuántas tragedias produce el egoísmo como guerras, experimentos nucleares, siembra de minas explosivas, emisión de gases contaminantes (por el afán de producir más), contaminación del subsuelo y de las aguas, deforestación de bosques, incendios forestales provocados, caza indiscriminada de algunas especies animales...

---

[5] Reconciliatio et paenitentia 16.

Para contrarrestar todo este daño producido por los pecados de los hombres, es preciso que nos reconciliemos con Dios y renunciemos al pecado. Dice el Catecismo de la Iglesia católica que *la reconciliación con Dios tiene como consecuencia otras reconciliaciones, que reparan las rupturas causadas por el pecado. El penitente perdonado se reconcilia consigo mismo en el fondo más íntimo de su ser; se reconcilia con los hermanos agredidos o lesionados por él en algún modo; se reconcilia con la Iglesia y se reconcilia con toda la creación* (Cat 1469). Por eso, la confesión es un sacramento de sanación total.

Por otra parte, la misa, como acción de Cristo, que es quien celebra por medio del sacerdote, es una acción reparadora de todas las heridas producidas por los pecados de los hombres. Cristo, al morir por nosotros en la cruz, nos salvó y con nosotros redimió a toda la humanidad y a toda la creación. Y Jesús sigue celebrando permanentemente su misa, es decir, renovando su ofrecimiento al Padre por la salvación del mundo. La misa tiene un valor redentor objetivamente infinito, pues es la misa de Cristo; pero, en la realidad, falta la aceptación voluntaria de los hombres para que esta salvación, obtenida por Cristo, sea total y universal. No obstante, la misa es fundamental para la realización concreta de la salvación y redención. La misa reconcilia el cielo con la tierra, porque tiene una dimensión cósmica. Así lo decía el Papa Juan Pablo II: *La misa une el cielo con la tierra. Abarca e impregna a toda la creación*[6].

Algunos dicen que la misa es el cielo en la tierra, pues en cada misa se hace presente el cielo con todos los santos y ángeles. La misa es indispensable en la historia humana para reparar los efectos negativos del pecado; pero sin olvidar que, a nivel personal, debemos reconciliarnos con Dios por medio de la confesión.

CONTRICCIÓN Y ATRICIÓN

Para que sean perdonados nuestros pecados, es preciso, en primer lugar, tener contrición, que *es un dolor del alma y una detestación del pecado cometido con la resolución de no volver a pecar* (Cat 1451). Cuando la contrición tiene lugar, porque nos duele haber ofendido a Dios, que es amor y nos ama infinitamente, entonces se llama contrición perfecta. *Semejante contrición perdona las faltas veniales; obtiene tambien el perdón de los pecados mortales, si comprende la firme resolución de recurrir tan pronto como sea posible a la confesión sacramental* (Cat 1452).

La contrición imperfecta o atrición nace de la consideración de la fealdad del pecado o del temor a la condenación eterna... Por sí misma, la contrición imperfecta no alcanza el perdón de los pecados graves, pero dispone a obtenerlo en el sacramento de la penitencia (Cat 1453).

Ya en la sagrada Biblia se nos habla del arrepentimiento por amor (contrición perfecta), *porque el amor cubre la multitud de pecados* (1 Pe 4, 8) y Jesús dice de la

[6] Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* 8.

mujer pecadora: *Quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho* (Lc 7, 47).

En la práctica, muchas veces, nuestro arrepentimiento es deficiente, quizás por temor al castigo o por otras consideraciones humanas. Por ello, es importante que acudamos a la confesión. Cristo ha prometido: *Aquellos a quienes perdonen los pecados les serán perdonados y a quienes se los retengan les serán retenidos* (Jn 20, 22).

PECADOS VENIALES Y MORTALES

Hay que reconocer que hay pecados que rompen la unión con Dios y con los demás y producen un gran daño y desorden. Son los pecados mortales (matan la vida de Dios en el alma). Se distinguen de los veniales o no tan graves. En el Apocalipsis se nos habla del hombre *que tiene nombre de vivo, pero está muerto por dentro* (Ap 3, 1).

San Juan dice que *hay pecados que llevan a la muerte y otros que no son de muerte* (1 Jn 5, 16-17). San Pablo habla de pecados que quienes los cometen *no heredarán el reino de Dios* (Ef 5 y Gal 5). *Existen pecados que, por sí mismos, independientemente de las circunstancias, son siempre gravemente ilícitos por razón de su objeto. Estos actos, si se realizan con el suficiente conocimiento y libertad, son siempre culpa grave*[7].

El mismo concilio Vaticano II hacía una relación de algunos de ellos: *Cuanto atenta contra la vida (homicidios de cualquier clase, genocidios, aborto, eutanasia y el mismo suicidio deliberado), cuanto viola la integridad de la persona humana como mutilaciones, torturas morales o físicas, los conatos sistemáticos para dominar la mente ajena; cuanto ofende a la dignidad humana, como son las condiciones infrahumanas de vida, las detenciones arbitrarias, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes; o las condiciones laborales degradantes que reducen al operario al rango de mero instrumento de lucro; todas estas prácticas y otras parecidas son en sí mismas infamantes y son totalmente contrarias al honor debido al Creador*[8].

Y podríamos añadir muchos otros pecados que objetivamente son graves en sí mismos como el adulterio, las relaciones prematrimoniales y las relaciones homosexuales. Otros pecados serán más o menos graves de acuerdo a las circunstancias o a la gravedad del daño ocasionado, como en caso de robo, de trabajos mal hechos, fraude fiscal, falsificación de cheques o documentos, despilfarro... También hay pecados graves por incompetencia como puede ser ocupar un puesto de responsabilidad sin tener la preparación adecuada o ejercer la medicina sin tener título (con documentos falsificados) o sin estar preparado; ser maestro y no preparar sus clases ni estar al día.

---

[7] Exhortación apostólica *reconciliatio et paenitentia* de Juan Pablo II, No. 17
[8] Gaudium et spes 27.

Tambien son pecados graves el conducir en estado de ebriedad o a gran velocidad, no querer trabajar o ser irresponsable en trabajos importantes.

Tambien lo es la producción y el tráfico de drogas, y, muy especialmente, los actos que llevan al aborto como usar anticonceptivos abortivos con pleno conocimiento y libertad, la fecundación in vitro, la producción de embriones destinados a obtener células estaminales o para la experimentación, y todo lo que lleve a la muerte a los recién concebidos, aunque puedan nacer con enfermedades o minusvalías. Y, por otra parte, todas las manipulaciones de la información en los medios de comunicación y las mentiras, que pueden tener graves consecuencias en la sociedad o en la fama de personas o Instituciones.

Podríamos continuar con una lista interminable de pecados; pero lo importante es saber que cada pecado es desamor, robo de amor, faltas contra el amor que debemos a los demás y que cada pecado produce un desorden en nosotros, en los demás, en la Iglesia y en el mundo.

LA CONFESIÓN

Para poder reconciliarnos con nosotros mismos, con los demás, con la Iglesia y con la creación, Dios nos ofrece el maravilloso medio del sacramento de la confesión. Se le denomina tambien con los nombres de sacramento de la penitencia, sacramento del perdón, sacramento de la reconciliación y sacramento de la conversión (Cat 1423 y 1424). Se le llama sacramento de la confesión, porque la confesión de los pecados al sacerdote es un elemento esencial de este sacramento, en el cual se manifiesta de modo extraordinario la misericordia de Dios.

Decía el Papa Juan Pablo II: *En el sacramento de la penitencia cada hombre puede experimentar de manera singular la misericordia, es decir, el amor que es más fuerte que el pecado... Son infinitas la prontitud y la fuerza del perdón que brotan continuamente del valor admirable del sacrificio de Jesús*[9].

La misericordia de Dios se manifiesta de manera gloriosa y extraordinaria en la confesión, pues los pecadores, bien confesados, salen radiantes y, si estaban tristes por el peso de sus pecados, salen resplandecientes, con una alegría plena que se manifiesta en sus rostros. En mi larga vida sacerdotal he podido comprobar esto infinidad de veces.

En la confesión, el sacerdote es un padre, un médico y un juez misericordioso. Podemos decir de verdad con san Pablo: *Cristo nos ha confiado el ministerio de la reconciliación* (2 Co 5, 18). Y nos ha dicho: *Aquellos a quienes les perdonen los pecados les serán perdonados* (Jn 20, 22). Por eso, es también una gran responsabilidad

[9] Encíclica *dives in misericordia* 13.

y debemos estar en todo momento disponibles para atender a los que necesiten el perdón de Dios por medio de este sacramento.

Para confesarse bien, es preciso un sincero arrepentimiento. *Si reconocemos nuestros pecados, Él, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados* (1 Jn 1, 8). Hay que saber decirle a nuestro Padre Dios con sinceridad y humildad: *Reconozco mi culpa y mi pecado. Contra Ti, contra Ti solo pequé, cometí la maldad que aborreces* (Sal 50, 5). O como el hijo pródigo: *Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, no merezco llamarme hijo tuyo* (Lc 15, 18-21).

Es importante hacer un buen examen de conciencia desde la última confesión bien hecha, para recordar los pecados cometidos y pedir perdón. Ahora bien, si no nos acordamos de algunos, Dios nos perdona todos. Y los que hemos olvidado, los podemos confesar en la siguiente confesión. Lo importante es no callar por vergüenza ningún pecado grave; en ese caso, cometeríamos un sacrilegio, haríamos una mala confesión y no se nos perdonaría ningún pecado, teniendo otro más: el de una mala confesión.

Cuando los pecados cometidos han causado daño al prójimo, es preciso reparar el daño cuanto antes, por ejemplo, restituir las cosas robadas, restablecer la reputación del que ha sido calumniado, compensar las heridas...

La absolución quita el pecado, pero no remedia todos los desórdenes que el pecado causó. Liberado del pecado, el pecador debe todavía recobrar la plena salud espiritual. Por tanto, debe hacer algo más para reparar sus pecados, debe "satisfacer" de manera apropiada o "expiar" sus pecados. Esta satisfacción se llama tambien penitencia (Cat 1459).

Después de cada confesión, el sacerdote impone una penitencia. *Esta penitencia debe corresponder todo lo posible a la gravedad y a la naturaleza de los pecados cometidos. Puede consistir en la oración, en ofrendas, en obras de misericordia, servicio al prójimo, privaciones voluntarias, sacrificios y, sobre todo, la aceptación paciente de la cruz que debemos llevar* (Cat 1460).

Por otra parte, *aunque la confesión de los pecados veniales no es estrictamente necesaria, sin embargo, se recomienda vivamente, pues la confesión frecuente de estos pecados ayuda a formar la conciencia, a luchar contra las malas inclinaciones, a dejarse curar por Cristo y a progresar en la vida del espíritu* (Cat 1458).

Tambien es importante anotar que no hay que tener miedo de decir los pecados al sacerdote, ya que *está obligado a guardar un secreto absoluto sobre los pecados que sus penitentes le han confesado bajo penas muy severas. Tampoco puede hacer uso de los conocimientos que la confesión le da sobre la vida de los penitentes. Este secreto, que no admite excepción, se llama sigilo sacramental, porque lo que el penitente ha manifestado al sacerdote queda "sellado" por el sacramento* (Cat 1467).

Para hacer una buena confesión se necesita hacer un buen examen de conciencia para recordar los pecados cometidos; arrepentirse de ellos, es decir, sentir dolor de haberlos cometidos y tomar la decisión firme de no volver a cometerlos más; decirlos al confesor y cumplir la penitencia que nos manda, que se llama también satisfacción de obra.

Según el mandamiento de la Iglesia, todo fiel llegado a la edad del uso de la razón, debe confesar, al menos una vez al año, los pecados graves de que tiene conciencia. Quien tenga conciencia de hallarse en pecado grave, que no comulgue sin acudir antes a la confesión sacramental a no ser que concurra un motivo grave y no haya posibilidad de confesarse; y, en este caso, tenga presente que está obligado a hacer un acto de contrición perfecta, que incluye el propósito de confesarse cuanto antes. Los niños deben acceder al sacramento de la penitencia antes de recibir por primera vez la sagrada comunión (Cat 1457).

*La fórmula de absolución que da el sacerdote en la Iglesia latina es**: Dios Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y resurrección de su hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda por el ministerio de la Iglesia el perdón y la paz. Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*** **(Cat 1449).**

LAS INDULGENCIAS

Cuando uno se confiesa, se le perdona el pecado, pero queda todavía la herida causada en el alma, permaneciendo los desórdenes ocasionados. Para sanar esto, la Iglesia nos ofrece las indulgencias para nosotros o también para los difuntos, que no han podido satisfacer plenamente por sus pecados antes de morir.

El Papa Pablo VI, en la Constitución apostólica *Indulgentiarum doctrina* del 1 de enero de 1967, nos habla de este punto. Afirma: *Indulgencia es la remisión ante Dios de la pena temporal debida por los pecados, ya perdonados en lo referente a la culpa, que gana el fiel convenientemente preparado en ciertas y determinadas condiciones con la ayuda de la Iglesia que, como administradora de la redención, dispensa y aplica con plena autoridad el tesoro de los méritos de Cristo y de los santos.*

La pena temporal se refiere a las consecuencias del pecado, que permanecen aun después de perdonados. Pensemos en alguien que se emborracha y después tiene gastritis con dolor de estomago. Las consecuencias de su borrachera deberán ser sanadas con una dieta estricta y las medicinas adecuadas. De la misma manera, los desordenes producidos por el pecado, deben ser sanados en este mundo o en el otro. De ahí que las indulgencias sirvan como medicina para sanar esos efectos negativos (llamados pena temporal).

Para conseguir las indulgencias, tanto parciales como plenarias, se necesita una limpieza total del alma: haberse confesado, no tener pecados veniales y ni siquiera el

menor afecto o apego al pecado. Esto, en la práctica, es prácticamente imposible; pero al menos se conseguirá la sanación del alma en parte, de acuerdo a las disposiciones de cada uno. Como hemos dicho, son aplicables a uno mismo o a los difuntos del purgatorio. Pero los requisitos son: confesar, cuando menos una semana antes, comulgar ese día, rezar por las intenciones del Papa y cumplir la obra prescrita para ganar la indulgencia.

Para ganar una indulgencia plenaria, una sola vez al día, se puede rezar el rosario en grupo de personas, especialmente en familia, o rezarlo a solas delante del Santísimo Sacramento o estar media hora en adoración ante Jesús sacramentado.

Por otra parte, los fieles que usan con devoción un objeto de piedad (crucifijo, cruz, rosario, escapulario o medalla), bendecidos debidamente por un sacerdote, pueden ganar indulgencias parciales. Tambien, en peligro de muerte, se puede ganar una indulgencia plenaria con la bendición apostólica del sacerdote o, si no hubiera sacerdote, usando un crucifijo o una cruz y pidiendo esta gracia en los últimos momentos *con tal que durante su vida hubiera rezado habitualmente algunas oraciones.*

Las indulgencias son especialmente importantes, si las aplicamos por nuestros familiares difuntos. Y todos los días podemos intentar conseguir una indulgencia plenaria para uno de ellos tal como hemos anotado anteriormente, rezando el rosario en grupo o a solas ante el Santísimo, o estando media hora en adoración ante el Santísimo Sacramento, habiendo confesado y comulgado; y rezando, al menos, un credo y un padrenuestro por las intenciones del Papa.

HISTORIA DE LA CONFESIÓN

A lo largo de los siglos, la forma concreta según la cual la Iglesia ha ejercido este poder recibido del Señor ha variado mucho. Durante los primeros siglos, la reconciliación de los cristianos que habían cometido pecados particularmente graves después de su bautismo (por ejemplo idolatría, homicidio o adulterio), estaba vinculada a una disciplina muy rigurosa, según la cual los penitentes debían hacer penitencia pública por sus pecados, a menudo, durante largos años antes de recibir la reconciliación; sólo era admitido raramente y, en ciertas regiones, una sola vez en la vida. Durante el siglo VII, los misioneros irlandeses, inspirados en la tradición monástica de Oriente, trajeron a Europa continental la práctica privada de la penitencia, que no exigía la realización pública prolongada de obras de penitencia antes de recibir la reconciliación con la Iglesia. El sacramento se realiza desde entonces de una manera más secreta entre el penitente y el sacerdote. Esta nueva práctica preveía la posibilidad de la reiteración del sacramento y abría así el camino a una recepción regular del mismo. Permitía integrar en una sola celebración sacramental el perdón de los pecados graves y de los pecados veniales. A grandes líneas, ésta es la forma de penitencia que la Iglesia practica hasta nuestros días (Cat 1447).

En el concilio IV de Letrán, en 1215, se establecieron normas claras sobre la confesión que todavía están en vigor: obligación de confesarse y comulgar al menos una vez cada año. Y se ratificó la práctica de las confesiones frecuentes de los pecados veniales.

Pero hay tres formas de celebración de la confesión:

a) La primera forma es la reconciliación personal e individual del penitente y constituye el único modo normal y ordinario de la celebración sacramental.

b) La segunda forma se refiere a las celebraciones comunitarias de la confesión, en las cuales hay una preparación común con una paraliturgia penitencial y, después, cada uno se confiesa individualmente como es lo normal. Así se recalca el aspecto social de la confesión y la reconciliación con la Iglesia.

c) La tercera forma es extraordinaria y sólo para casos muy especiales. Es la celebración comunitaria con una preparación común con confesión y absolución general. En este caso, no hay confesión personal de los pecados; cada uno se arrepiente en su corazón y recibe también la absolución general para todos en común. Esto sólo se da en casos de grave necesidad.

Semejante necesidad grave puede presentarse, cuando hay un peligro inminente de muerte sin que el sacerdote o los sacerdotes tengan tiempo suficiente para oír la confesión de cada penitente. La necesidad grave puede existir también cuando teniendo en cuenta el número de penitentes, no hay bastantes confesores para oír debidamente las confesiones individuales en un tiempo razonable, de manera que los penitentes sin culpa suya se verían privados durante largo tiempo de la gracia sacramental o de la sagrada comunión. En este caso, los fieles deben tener, para la validez de la absolución, el propósito de confesar individualmente sus pecados en su debido tiempo. Al obispo diocesano corresponde juzgar, si existen las condiciones requeridas para la absolución general. Una gran concurrencia de fieles, con ocasión de grandes fiestas o de peregrinación, no constituye por su naturaleza ocasión de la referida necesidad grave (Cat 1483).

Recordemos siempre que el perdón de Dios es más grande que nuestros pecados y, *si nuestro corazón nos reprocha algo, Dios es más grande que nuestro corazón* (1 Jn 3, 20).

Como dirían los obispos latinoamericanos reunidos en Aparecida (Brasil) en la V Conferencia del episcopado de mayo de 2007: *Jesucristo nos da el don de su perdón misericordioso y nos hace sentir que el amor es más fuerte que el pecado cometido, nos libera de cuanto nos impide permanecer en su amor y nos devuelve la alegría y el entusiasmo de anunciarlo a los demás con corazón abierto y generoso (No. 254).*

Dios está dispuesto a perdonarnos con tal de que estemos sinceramente arrepentidos, con el propósito de no volverlos a cometer. Y, pase lo que pase, siempre nos estará esperando. Por eso, el peor pecado es la desesperación, el no confiar en su amor, ni creer en su perdón ni en su misericordia.

SEGUNDA PARTE

DON BOSCO CONFESOR

En esta segunda parte, vamos a hablar ampliamente sobre la figura de Don Bosco como confesor, especialmente de jóvenes; aunque sus consejos sirven también en la actualidad para todos. Además veremos algunos ejemplos donde manifiesta su espíritu apostólico y su disponibilidad para oír confesiones sin medir esfuerzos ni horarios. Pero comencemos por ver el valor que él mismo le daba a la confesión.

PRIMERA COMUNIÓN

Con relación a su primera comunión nos dice él mismo en su Autobiografía: *Mi madre, durante la Cuaresma, me había llevado a confesarme tres veces. Me repitió varias veces: "Juan mío, Dios te prepara un gran regalo. Procura prepararte bien, confesarte y no callar nada en la confesión. Confiésalo todo, arrepentido de todo, y promete a Dios ser mejor en lo porvenir". Todo lo prometí... La mañana de mi primera comunión no me dejó hablar con nadie, me acompañó a la sagrada mesa e hizo conmigo la preparación y acción de gracias. Entre otras cosas, me repitió mi madre muchas veces estas palabras: "Mi querido hijo, éste es un día muy grande para ti. Estoy persuadida de que Dios ha tomado verdadera posesión de tu corazón. Prométele que harás cuanto puedas para conservarte bueno hasta el fin de la vida. En lo sucesivo, comulga con frecuencia, pero guárdate bien de hacer sacrilegios. Dilo todo en la confesión: sé siempre obediente, vete de buen grado al catecismo y a los sermones; pero, por amor de Dios, huye como de la peste de aquellos que tienen malas conversaciones*[10].

Después que se ordenó sacerdote, se confesaba todas las semanas con Don Cafasso, su confesor ordinario. Y uno de los principales ministerios de su vida fue confesar. Por eso, se le puede considerar como apóstol de la confesión al igual que otros santos insignes en este punto como san Juan Nepomuceno, san Juan María Vianney, san José Cafasso (su propio confesor), san Leopoldo de Castelnuovo o san Pío de Pietrelcina.

APÓSTOL DE LA CONFESIÓN

Don Bosco *nunca dejó de ejercer el ministerio de la confesión al que dedicaba dos y tres horas diarias y, en ocasiones especiales, hasta días enteros y, alguna vez, toda la noche. Ni siquiera durante su enfermedad dejó de confesar. Varias iglesias de Turín fueron campo para el ejercicio de su celo incansable. En sus frecuentes predicaciones por los pueblos y ciudades del Piamonte... confesaba, desde las primeras horas del día hasta avanzada la noche. Escuchaba, en ocasiones, una muchedumbre de*

[10] Autobiografía de Don Bosco, Ed. Salesiana, Lima, 1977, p. 18.

penitentes sin cuento y esto por años y años desde 1844 a 1865. Su nombre era sinónimo de confesión para los que le conocían[11].

Decía: *El sacerdote siempre es sacerdote y debe manifestarse así en todas sus palabras. Ser sacerdote quiere decir tener continuamente la obligación de mirar por los intereses de Dios y de la salvación de las almas. Un sacerdote no ha de permitir nunca que quien se acerque a él se aleje sin haber oído una palabra que manifieste el deseo de la salvación eterna de su alma*[12].

Los muchachos sentían tanto afecto por Don Bosco y le tenían tanta confianza que todos querían confesarse con él. Y era cosa de ver en las fiestas su confesionario cercado de veinte, treinta, cuarenta y hasta cincuenta jóvenes, que aguardaban horas y horas su turno para confiarle los secretos de su corazón[13].

Todas las semanas fue durante varios años a visitar a los presos. Y, cuando se enteraba que había alguien que tenía pena de muerte, se acercaba a él para prepararlo a bien morir. *Esto no resultaba siempre cosa fácil: había algunos que rehusaban, entre blasfemias, los sacramentos y protestaban que querían morir sin confesarse. Otros, enfurecidos, intentaban suicidarse para escapar a aquella deshonra. Hubo quien por odios inveterados, no quería perdonar y con fría desvergüenza parecía despreciar a Dios y a los hombres. También hubo quien, enloquecido, desoía todo pensamiento de eternidad.*

Cuando Don Bosco confesaba a un condenado, al llegar el día de la ejecución, acudía la víspera por la tarde para pasar la primera mitad de la noche acompañando al reo. Sus palabras tenían una eficacia extraordinaria para consolar al paciente. Le recordaba la bondad de María, madre misericordiosa y refugio de los pecadores. Le hacía reflexionar cómo Dios había permitido que llegase aquel momento doloroso, porque de haber quedado sin castigo se hubiera perdido eternamente; le aseguraba que la muerte, aceptada con plena resignación, era un acto de amor perfecto, que lo llevaría al paraíso sin pasar por el purgatorio. Lo exhortaba a arrojarse confiadamente en los brazos de la amorosa misericordia del Señor, repitiendo las palabras que le dirigió al buen ladrón: "Hoy estarás conmigo en el paraíso". También le hacía rezar el acto de contrición u otra breve oración.

A medianoche, solía llegar Don Cafasso y Don Bosco daba entonces su último adiós al prisionero, volviendo a su casa, extenuado y calenturiento[14].

¿Quién puede contar el número de almas restituidas a la gracia de Dios por su celo sacerdotal? En el tren, en carruajes, en el campo, detrás de un arenal o un cercado y, aun en la ciudad, cuando el caso lo requería, confesaba. Ocurría a veces, que alguna persona le rogaba que entrase en la iglesia más cercana para oírla en

---

[11] MB 3, 73.
[12] MB 3, 75.
[13] MB 2, 137.
[14] MB 2, 365-366.

confesión y, entonces, el confesionario se veía cercado de penitentes... En el ministerio de las confesiones, atestigaba el cardenal Cagliero, fue excepcional, constante y admirable por su bondad con los niños y los adultos; casi todos se confesaban con él, ganados por su dulzura y por su caridad, siempre benigna y paciente. Era breve sin apresuramiento. Sumamente benigno y nunca severo, imponía una corta penitencia, adaptada a nuestra edad, y siempre saludable. Sabía hacerse pequeño con los pequeños y darnos los consejos oportunos, y las reprensiones mismas las condimentaba con tal sabor que siempre infundía amor a la virtud y horror al pecado[15].

A los muchachos les recomendaba la confesión frecuente. En las "Buenas noches" del 2 de noviembre de 1876, les decía: En cuanto a la confesión frecuente no voy a fijarles el día exacto. San Ambrosio y san Agustín están de acuerdo en decir que cada ocho días. Yo, por mi parte, no les doy ningún consejo especial: sólo les diré que vayan al confesor siempre que les remuerda la conciencia por algún pecado. Unos pueden estar ocho o diez días sin cometer ninguna falta; otros quince y otros veinte. Pero puede que alguno pueda estar sólo tres o cuatro días y después caer en pecado; éste acérquese aún más a menudo a la santa confesión, a no ser que se trate de naderías. San Felipe Neri recomendaba confesarse cada semana. Así lo hacía San Luis. Pues bien, el que quiera pensar un poco en su alma, vaya una vez al mes; quien quiera salvarla, pero no se siente tan ardiente, vaya cada quince días; quien quisiera llegar a la perfección, vaya cada semana. Más no; salvo que tuviese algo que pese en la conciencia[16].

Caminando por el mundo, encontrarán a menudo individuos que no dan a este sacramento el valor que se merece. Pero no se extrañen. Supongan que un borracho está dormido al borde de un precipicio. Vayan a gritarle que se levante, porque puede caer en él; no les entenderá. Para hacerle comprender el peligro hay que librarle de la borrachera; hay que quitarle el vino de encima. Así sucede a muchos en este mundo. Están ebrios con los pecados y preocupaciones del mundo y no ven los peligros del alma. Para hacérselo comprender sería preciso apartarles un poco de las ocupaciones e intereses, darles alguna medicina que los libere de la esclavitud de ciertos pecados, es decir, hacerles oír un poco la palabra de Dios y, entonces, conocerían que la confesión es algo precioso y comprenderían la necesidad de alejarse mediante este sacramento del peligro de perder el alma. ¿Hay algo más hermoso y mejor que la confesión y la comunión?[17].

En las cosas de grave importancia, como sería la elección de estado, consulten siempre con su confesor. Dice el Señor que quien escucha la voz del confesor, escucha a Dios mismo: "Quien a vosotros escucha a Mí me escucha". Terminada la confesión, pueden ir aparte para hacer la acción de gracias. Si tienen consentimiento del confesor, prepárense para la comunión. Después de la comunión, entreténganse, al menos durante un cuarto de hora, dando gracias. Sería gravísima irreverencia que, a los pocos minutos de haber recibido el cuerpo, sangre, alma y divinidad de Jesucristo,

---

[15] Lemoyne J.B., *Vida de San Juan Bosco*, Ed. Don Bosco, Buenos Aires, 1954, pp. 443-444.
[16] MB 12, 566.
[17] MB 7, 678.

salieran de la iglesia y se pusieran a reír, charlar, escupir o mirar acá y allá por la iglesia. Otra cosa importante referente a la comunión es que, después de la acción de gracias, le pidan siempre al Señor que les dé la gracia de poder recibir con las debidas disposiciones el santo viático (comunión) antes de morir[18].

Don Bosco estaba persuadido de que, sólo con la confesión y comunión frecuente puede el muchacho pasar, con corazón limpio, esa época de la vida en que se desarrollan las pasiones más peligrosas. Acreditan esta íntima convicción las continuas exhortaciones que, de palabra y por escrito, dirigía a sus queridos jóvenes. Reproducimos aquí, a modo de ejemplo, lo que él mismo escribe en la biografía de Miguel Magone. En ella hace un paréntesis totalmente dirigido a los jovencitos, y añade unos avisos utilísimos para los confesores.

Lo primero de todo, dice, haced cuanto podáis por no caer en pecado; pero, si por desgracia caéis, de ninguna de las maneras os habéis de dejar seducir por el demonio para callarlo en confesión. Tened en cuenta que el confesor ha recibido de Dios poder para perdonaros cualquier clase y cualquier cantidad de pecados. Cuanto más grandes sean las culpas confesadas, mayor será el gozo que el confesor experimentará en su corazón, pues él sabe que aún es mayor la misericordia divina, en cuya virtud os ofrece Cristo el perdón, y os aplica los méritos infinitos de la preciosa sangre de Cristo con la cual puede él lavar cualquier mancha de vuestra alma.

No olvidéis que el confesor es un padre que desea ardientemente haceros el bien por todos los medios a su alcance y que busca ahorraros toda clase de males. No tengáis miedo de perder su estima al confesarle faltas graves o que vaya a contárselas a otros. Porque la verdad es que por nada del mundo puede el confesor decir lo más mínimo de lo oído en confesión; así hubiera de perder la propia vida no podría él, en absoluto, comunicar la más mínima noticia de lo que oyó al confesar. Es más, os puedo asegurar que, tanto más crecerá su confianza en vosotros, cuanto más sinceros seáis y más os fiéis de él, y, por otra parte, tanto mejor se encontrará en condiciones de ofreceros los consejos y avisos más convenientes para vuestras almas.

He querido deciros estas cosas, para que, en ningún caso, os dejéis engañar por el demonio, callando por vergüenza pecados en la confesión. Os aseguro, queridos jóvenes, que la mano me tiembla ante la consideración del gran número de cristianos que se encaminan a la eterna condenación, nada más que por haber callado o no haber expuesto con sinceridad ciertos pecados en la confesión. Si, por casualidad, alguno de vosotros, al revisar su vida pasada, se da cuenta de que ocultó voluntariamente algún pecado, o simplemente abriga dudas sobre la validez de alguna confesión, yo le diría: "Amigo mío, por amor a Jesucristo y a la preciosa sangre que derramó para salvarte, arregla, te lo suplico, tu conciencia, la primera vez que vayas a confesarte; todo eso que te inquieta manifiéstalo, como si estuvieses en punto de muerte. Y si no sabes por dónde empezar, dile simplemente al confesor que tienes algo en tu vida pasada que te

[18] MB 3, 163.

intranquiliza. Con esto tendrá suficiente. Bastará que tú, a continuación, colabores, respondiendo a sus preguntas, y te aseguro que todo quedará en regla".

Presentaos con frecuencia a vuestro confesor; rezad por él; poned en práctica sus consejos. Y, una vez que hayáis elegido el confesor más a propósito a vuestro juicio, para atender a las necesidades de vuestra alma, no lo cambiéis sino por verdadera necesidad. Mientras no os hagáis con un confesor fijo, en el que poner enteramente vuestra confianza, echaréis de menos un verdadero amigo para las cosas del alma. Contad también con las oraciones del confesor: él cada día tiene presentes a sus penitentes en la santa misa y ruega a Dios que les conceda la gracia de hacer buenas confesiones y la perseverancia en el bien. Vosotros, por vuestra parte, rezad también por él.

Sin embargo, sin escrúpulo alguno, podéis acudir a otro confesor, si vosotros o él cambiáis de domicilio y, cuando os resulte muy penoso acudir a él, por estar enfermo o porque, en determinada solemnidad, es mucha la gente que aguarda para confesarse con él. Asimismo, si tuvieseis en la conciencia algo que no os atrevéis a decir al confesor ordinario, antes de cometer sacrilegio, preferible es mil veces cambiar de confesor[19] *.*

CONFESIÓN SINCERA

Una de las cosas que más inculcaba Don Bosco a sus jóvenes era la sinceridad en la confesión, porque sabía por experiencia que el callar pecados graves, que es un sacrilegio, es una de las cosas que más hunden a la persona en el camino del mal. A este propósito, veamos un ejemplo.

Había un joven que frecuentaba poco los sacramentos. Un sábado, al anochecer, se presentó a don Bosco para confesarse. Rodeaban el confesionario algunos alumnos que se preparaban y aguardaban su turno. Tan pronto como Don Bosco tuvo ante sí aquel muchacho, vio claramente el infeliz estado de su alma y, después de escuchar lo que quiso decirle, le preguntó:

- *¿No tienes nada más que decir?*
- *Nada más.*
- *Y, sin embargo, pudiera ser que tuvieras todavía alguna cosa.*
- *No tengo nada, insistió.*

El muchacho se hacía el sordo y no se decidía a soltar palabra. En aquel momento, vio Don Bosco aparecer sobre el entarimado a un horrible mono gigantesco, que pasando por entre los muchachos que le rodeaban, se abalanzó y de un salto se echó sobre las espaldas de aquel pobrecito, le apretó el cuello con sus garras y asomó

[19] MB 2, 150-151.

el hocico entre su cara y la del joven. Al ver esto Don Bosco, se estremeció de espanto, le saltaron las lágrimas a los ojos por la compasión y volvió a preguntar al muchacho:

- *¿De verdad que no tienes nada que decirme?*
- *No recuerdo nada más.*
- *¿Dices que no tienes nada más que confesar, mientras yo estoy viendo un enorme mono sobre tus espaldas?*

Entonces, el joven, hondamente conmovido, lanzó un grito ahogado de espanto, rompió a llorar y, agarrando a Don Bosco por la sotana, le decía:

- *No me abandone, no me abandone.*
- *Si no quieres que te abandone, dímelo todo.*

Entonces, el pobre muchacho se animó, se abrazó al confesor, al tiempo que desapareció aquel monstruo, y confesó el pecado que había tratado de ocultar. Este hecho lo contó Don Bosco una noche a algunos entre los que estaban Ruffino y Bonetti, los cuales tomaron nota de él. Sus palabras causaron honda impresión, porque recordaban el sueño de pocos meses antes en el que había visto a tres jóvenes con un mono agarrado al cuello[20].

A este respecto, santa Teresa de Jesús cuenta que un día *en llegando a comulgar, vi dos demonios con muy abominable figura. Paréceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote y vi a mi Señor en aquellas manos, en la hostia que me iba a dar, y entendí estar aquel alma en pecado mortal... Dióme tan gran turbación que no sé cómo pude comulgar y quedé con gran temor... Díjome el mismo Señor que rogase por él y que lo había permitido para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la consagración y cómo no deja Dios de estar allí por malo que sea el sacerdote que las dice. Entendí bien cuán más obligados están los sacerdotes a ser buenos que los otros y cuán recia cosa es tomar este Santísimo Sacramento indignamente y cuán señor es el demonio del alma que está en pecado mortal.*

Otra vez, me acaeció así algo que me espantó muy mucho. Se murió una persona que había vivido harto mal por muchos años; pero hacía dos que tenía enfermedad y, en algunas cosas, parecía estar con enmienda. Murió sin confesión, pero con todo esto no me parecía a mí que se había de condenar. Estando amortajando el cuerpo, vi muchos demonios tomar aquel cuerpo y parecía que jugaban con él... Estaba yo medio boba de lo que había visto. Cuando echaron el cuerpo en la sepultura, era tanta la multitud de demonios que estaban dentro para tomarle, que yo estaba afuera de mí de verlo y no era menester poco ánimo para disimularlo. Consideraba qué harían de aquel alma, cuando así se enseñoreaban del triste cuerpo. Ojalá que vieran esto que yo

[20] MB 6, 965-966.

vi todos los que están en mal estado, que me parece fuera una gran cosa para hacerlos vivir bien[21].

San Juan Bosco, para salvar a un joven del infierno, pudo resucitarlo con el poder de Dios. Veamos cómo lo cuentan sus biógrafos.

Un muchacho, de unos quince años, llamado Carlos, que frecuentaba el Oratorio, cayó gravemente enfermo en 1849 y, en poco tiempo, se encontró a las puertas de la muerte. Vivía en una fonda, pues era hijo del fondista. Al verle el médico en peligro, aconsejó a sus padres que lo invitaran a confesarse y éstos, muy afligidos, preguntaron a su hijo qué sacerdote quería que se llamara. Él mostró gran deseo de que fueran a llamar a su confesor ordinario, que era Don Bosco. Fueron enseguida; pero, con gran pesar, respondiéronles que estaba fuera de Turín. El muchacho mostraba una gran pesadumbre, por lo que se llamó al vicepárroco, que acudió enseguida. Día y medio más tarde moría el muchacho, insistiendo en que quería hablar con Don Bosco.

Apenas estuvo de vuelta Don Bosco, le dijeron que habían ido varias veces en su busca, de parte del joven Carlos, muy conocido suyo, que se encontraba en peligro de muerte y había preguntado por él con insistencia. Se apresuró a visitarlo, por si aún llegaba a tiempo. Al llegar allí, encontróse primero con un camarero a quien pidió enseguida noticias del enfermo:

- *Llega demasiado tarde. ¡Hace medio día que ha muerto!*

Entonces Don Bosco exclamó sonriendo:

- *¡Duerme y creéis que ha muerto!*

En aquel instante, los demás de la casa, rompieron en llanto diciendo que, desgraciadamente, Carlos había muerto. Don Bosco dijo:

- *¿Debo creerlo?; permitidme que vaya yo a verlo.*

Y le acompañaron a la sala mortuoria, donde estaban la madre y una tía, rezando junto al difunto. El cadáver, ya amortajado, estaba, como entonces se usaba, envuelto y cosido en una sábana y cubierto con un velo. Junto a la cama ardía un cirio.

Se acercó Don Bosco. Y pensaba: "¡Quién sabe si habrá hecho bien su última confesión! ¡Quién sabe la suerte que habrá tocado a su alma!. Dirigiéndose al que le había acompañado, le dijo:

- *Retírense, déjenme solo.*

---

[21] Santa Teresa de Jesús, *Vida*, cap. 38, 23-25.

Hizo una breve y fervorosa oración. Bendijo y llamó dos veces al joven, con tono imperativo.

- *Carlos, Carlos, levántate.*

A aquella voz, el muerto empezó a moverse. Don Bosco escondió enseguida la luz, y de un tirón descosió con ambas manos la sabana, para que el muchacho pudiera moverse y le descubrió el rostro.

Él, como si despertara de un profundo sueño, abre los ojos, mira en torno, se incorpora un poco y dice:

- *¡Oh!, ¿por qué me encuentro así?*

  Después se vuelve, fija su mirada en Don Bosco y, apenas lo reconoce, exclama:

- *¡Oh, Don Bosco! ¡Si usted supiera! ¡Cuánto le he esperado: le buscaba precisamente a usted..., lo necesito mucho. Es Dios quien lo ha mandado... ¡Qué bien ha hecho viniendo a despertarme!*

  Y Don Bosco le respondió:

- *Dime todo lo que quieras; estoy aquí para ti.*

  Y el jovencito prosiguió:

- *¡Ah, Don Bosco! Yo debería estar en el lugar de perdición. La última vez que me confesé no me atreví a manifestar un pecado cometido hace algunas semanas... Fue un mal compañero que con sus conversaciones... He tenido un sueño que me ha espantado mucho. Soñé que me encontraba al borde de un inmenso horno de cal y que huía de muchos demonios que me perseguían y querían prenderme: ya estaban para abalanzarse sobre mí y echarme en aquel fuego, cuando una Señora se interpuso entre mí y aquellas horribles fieras, diciendo: ¡Esperad; aún no esta juzgado! Después de un momento de angustia, oí su voz que me llamaba y me he despertado; ahora deseo confesarme.*

Entre tanto, la madre, espantada ante aquel espectáculo y fuera de sí, a una señal de Don Bosco salió con la tía de la habitación y fue a llamar a la familia. El pobre muchacho, animado a no tener miedo de aquellos monstruos, comenzó enseguida su confesión con señales de verdadero arrepentimiento, y mientras Don Bosco le absolvía, volvía a entrar la madre con los demás de casa, que de este modo pudieron ser testigos del hecho. El hijo, volviéndose a su madre, le dijo:

- *Don Bosco me salva del infierno*

  Don Bosco le dijo:

- *Ahora estás en gracia de Dios: tienes el cielo abierto. ¿Quieres ir allá arriba o quedarte aquí con nosotros?*
- *Quiero ir al cielo, respondió el muchacho.*
- *Entonces, ¡hasta volver a vernos en el paraíso!*

El muchacho dejó caer la cabeza sobre la almohada, cerró los ojos, quedó inmóvil y se durmió en el Señor[22].

En la vida de la venerable Madre María de Jesús de Ágreda (1602-1665) se cuenta un hecho que está certificado en el proceso apostólico sobre su beatificación. Este hecho lo atestigua el padre Arriola en declaración jurada. Dice así: *Llevaron al convento de la sierva de Dios un arca grande sin noticias del convento ni de la Madre ni de ninguna otra religiosa. Pidieron al sacristán menor que les abriese la puerta de la iglesia para poner en custodia aquella arca... que era de mercadería... Estando en oración, la sierva oyó unos gemidos tristes y profundos lamentos. Atenta hacia el lugar de donde salían, le pareció que los despedía la boca de algún sepulcro... Y le fue revelado que aquellos lamentables suspiros eran de un alma que acabó impenitente la mortal vida y que su cuerpo estaba en un arca que habían puesto en la iglesia... Y le dijo el mismo Dios a su sierva que, con toda prudencia y brevedad, dispusiese llamar a un confesor para que oyese en confesión al miserable infeliz en quien resplandeció la mayor misericordia... Mandó llamar al padre Francisco Coronel... En llegando él, le dijo todo el suceso requerido. Y éste se llegó adonde estaba el arca, de la cual se levantó el difunto.*

Y después de haber hecho humildísima postración y adoración al Santísimo Sacramento del altar y haber estado un breve rato en cruz vino a los pies del confesor e hizo una confesión dolorosa y verdadera. Dióle la absolución y muy inmediatamente el difunto volvió al arca con imponderables demostraciones de rendimiento y agradecimiento... Y los mismos que habían llevado el cadáver, se lo llevaron.

De todo esto podemos deducir lo grave que es morir en pecado mortal y qué razón tenían nuestros abuelos, cuando repetían: *¡Que Dios nos coja confesados!* Procuremos hacer siempre buenas confesiones y nunca callar por vergüenza un solo pecado mortal.

SUEÑOS DE DON BOSCO

Don Bosco es el santo de los sueños por excelencia. Pero sus *sueños* eran verdaderas visiones, auténticas revelaciones, en las que Dios le manifestaba el estado del alma de sus jóvenes para poder ayudarles a corregirse. Estos sueños o visiones contenían importantes enseñanzas. Veamos algunas relativos a la confesión.

[22] MB 3, 496-497.

Sueño tenido en enero de 1872. Durante la enfermedad que padecí en el colegio de Varazze, una noche, apenas me quedé dormido, empecé a soñar que estaba en el patio y que allí me encontraba con un individuo que tenía un cuaderno en sus manos. En este cuaderno estaban escritos todos los nombres de los alumnos y él miraba a cada uno y les escribía algo frente a su nombre. Me propuse averiguar qué era lo que allí escribía y traté de acercarme, pero él se alejaba de mí y tenía que emplear yo bastante velocidad para permanecer cerca. Al fin, logré observar qué era lo que allí escribía.

Vi que en una página frente al nombre de un alumno pintaba a un cerdo y escribía: "Como los animales, sólo le interesa lo del cuerpo; se ha hecho semejante a ellos".

Frente al nombre de otro alumno pintó una lengua afilada como un cuchillo y escribió aquella frase de la carta de san Pablo a los Romanos: "Murmuradores, chismosos, inventadores de lo que no les consta, ultrajadores; a quienes Dios declara dignos de muerte, y no sólo a ellos, sino a los que aprueban lo malo que ellos hacen" (Rom 1, 30).

Frente a otros pintaba dos orejas largas de burro y escribía aquellas palabras de la Sagrada Escritura: "Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres".

Yo miré con atención a aquel tipo y vi que tenía dos orejas muy largas y que sus ojos parecía que echaban sangre y fuego y que tenía el rostro como si fuera de candela.

Luego sonó la campana para ir a la iglesia y todos los alumnos se dirigieron hacia allá y también aquel tipo que los seguía mirándolos fijamente. Empezó la santa misa y los jóvenes la seguían con mucha devoción. Al llegar el momento de la elevación, los jóvenes miraron con gran devoción a la hostia y al cáliz consagrados y rezaron el bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar.

En ese momento, hubo un gran estruendo y el individuo aquel desapareció entre llamas y humo, dejando convertidos en ceniza los papeles de aquel cuaderno en el cual había anotado lo que iba a hacer cometer a cada uno.

Yo le di gracias a Nuestro Señor, porque se había dignado vencer y alejar a aquel demonio y me di cuenta de que el asistir devotamente a la santa misa hace fracasar muchos planes que el diablo tiene contra nosotros, y que el momento de la elevación es terrible para el enemigo de nuestras almas.

Pensemos que el enemigo del alma tiene bien anotado todo lo que quiere hacernos decir y hacer para perdernos. Algunos desearán saber qué vi escrito frente a

su nombre. Pueden pasar en estos días a preguntarme y trataré de recordarle a cada uno lo suyo[23].

* * * * * * *

Una noche del 1862 soñé que veía a un joven con el corazón podrido y lleno de gusanos. No le hice caso al sueño, pero a la noche siguiente soñé que veía a un perro que le mordía el corazón a ese pobre joven. Entonces, me convencí de que Nuestro Señor quería ayudar a ese muchacho, quitándole de la conciencia algún pecado que tenía sin perdonar, por haberlo callado en la confesión.

Un día me lo encontré y le dije: ¿Me quieres hacer un favor?

- *Sí, claro, por supuesto. ¿Qué será?*
- *¿Quieres decirme si tienes algún pecado en tu conciencia sin haberlo confesado?*

Él quiso negarlo, pero yo le dije: ¿Y aquel pecado? ¿Y aquel otro? ¿Por qué no los has confesado?

- *Entonces, me miró al rostro y comenzó a llorar, y me dijo:*
- *Tiene razón. Hace dos años que tengo esos dos pecados en mi conciencia y nunca he sido capaz de confesarlos.*

Y aquel muchacho se puso en paz con Dios[24].

* * * * * * *

El 4 de abril de 1869 soñé que estaba en el templo, el cual se hallaba totalmente lleno de jóvenes: los alumnos actuales y muchos más que vendrán en el futuro. Parecía que se preparaban para confesarse. Mi confesionario tenía una inmensa multitud de jóvenes esperándome para confesarse.

Empecé a confesar, pero luego, al ver que eran tantos los que pedían confesion, me levanté del confesionario para ir a buscar a otros sacerdotes que me ayudaran a confesar

Al pasar por en medio de los jóvenes, vi que varios de ellos tenían un lazo amarrado alrededor del cuello. Me acerqué a uno de ellos y le dije:

- *¿Por qué no se quita ese lazo o cuerda del cuello?*

Él me respondió:

---

[23] MB 10, 45-47.
[24] MB 7, 194.

- *No puedo quitármelo, porque hay detrás de mí uno que sujeta fuertemente el lazo.*

Volví a mirar y vi que en medio de los jóvenes sobresalían muchos cuernos. Observé más detenidamente y encontré allí un horrible animal, en forma de un gato enorme, con hocico monstruoso, largos cuernos, y que se encogía como para que no lo vieran.

Noté con horror que cada uno de los jóvenes tenía junto a él un animal tan horrible como el anterior. Y cada animal llevaba entre sus garras tres lazos. Me acerqué a uno de ellos y le pregunté:

- *Dígame, ¿qué hace aquí?*

Él me respondió:

- *Con estos tres lazos obtengo que los jóvenes no se confiesen o se confiesen mal, y con ellos me llevo a la condenación a la décima parte de la gente.*

- *¿Y qué significan esos tres lazos?, le pregunté.*

- *No lo digo, porque usted les cuenta eso a los jóvenes*

Yo tomé en mis manos la vasija del agua bendita y le dije:

- *O me dice qué son esos tres lazos o le echo agua bendita. En nombre de Jesucristo, dígame qué significan.*

El monstruo se retorció y dijo:

- *El primer lazo significa que se callen los pecados.*
  Que no confiesen al confesor los pecados que han cometido.

¿Y el segundo lazo?

- *El segundo lazo significa que se confiesen sin arrepentimiento, sin sentir verdadero dolor y pesar de haber ofendido a Dios.*

¿Y el tercer lazo qué significa?

- *El tercer lazo no se lo quiero decir. Ya le he dicho demasiado.*

- *Me dice qué significa el tercer lazo o le echo agua bendita.*

- *El monstruo empezó a despedir llamas por los ojos y gotas de sangre y gritó:*

- *El tercer lazo significa que no hagan propósito de portarse mejor, y que no hagan caso a los consejos del confesor.*

Todos los demás gatazos empezaron a protestar brutalmente contra éste que me había contado el secreto de los tres lazos, y yo viendo que se iba a formar un tumulto, les eché agua bendita y desaparecieron, haciendo un grandísimo estrépito, y al sentir aquel ruido tan grande... me desperté.

Me quedé aterrado al ver que muchos jóvenes que yo creía muy buenos, tenían al cuello los tres lazos.

Conviene recordar qué significa cada lazo. El primero: callar por vergüenza los pecados al confesarse. O no decirlos, o decirlos, pero en menor número de lo que han sido. El segundo lazo: confesarse sin arrepentirse, sin sentir contrición o pesar de haber ofendido a Dios con los pecados cometidos. Y el tercero: confesarse sin serio propósito de convertirse, de cambiar de vida y de volverse mejor. Los que desean quitarse estos tres lazos de encima tienen que confesar sus pecados sin callarlos, y arrepentirse de veras antes de confesarse, y esforzarse por hacer un buen propósito en cada confesión y tratar de cumplirlo lo mejor posible.

El monstruo antes de desaparecer me dijo:

- *Observe el fruto que los jóvenes sacan de sus confesiones. El fruto principal de una confesión debe ser el enmendarse de sus faltas. Si quieres saber si ya los tengo atados con los lazos o no, observe a ver si se enmiendan o no se enmiendan, si mejoran de conducta y comportamiento o siguen lo mismo que antes.*

Algo que me llenó de tristeza fue el ver que los que llevan tres lazos al cuello, o al menos uno, son muchísimos más de lo que yo había imaginado. Cada uno piense seriamente, si tiene alguno de esos lazos al cuello, y trate de quitarlo[25].

* * * * * * *

El 4 de mayo de 1876 soñé que descendía de lo alto de un monte una inmensa cantidad de jóvenes, más de cien mil. Allí estaban los alumnos de ahora y los que vendrán más tarde. Cada uno llevaba un arma en sus manos: un hierro terminado en dos puntas afiladas.

Y por otro lado del campo apareció una cantidad enorme de animales feroces, que parecían tigres y leones de cuerpo descomunal. Su hocico producía espanto y sus ojos estaban llenos de sangre.

---

[25] MB 9, 594-596

Los monstruos se lanzaron a atacar a los jóvenes, los cuales se prepararon para defenderse con sus armas. Llevando en sus manos aquel hierro con dos puntas afiladas, hacían frente a las fieras, las cuales no pudiendo vencer a sus víctimas, mordían con rabia aquellos hierros, pero se les rompían los dientes y tenían que alejarse.

Pero el arma de hierro de algunos jóvenes no tenía sino una sola punta y ellos eran heridos por las fieras. El arma de otros no tenía mango para agarrarla o estaba roto o carcomido por la polilla. Otros eran tan presuntuosos que se lanzaban a combatir a las fieras sin llevar armas y eran destrozados por ellas y morían. Pero los que llevaban el arma de hierro con dos puntas bien afiladas y con el mango bien fuerte eran muchos, muchos.

Y una voz me dijo:

- *El arma de dos puntas significa: confesion y comunión.*

En una punta del arma estaba escrito: confesion, y en la otra: comunión. Y la voz añadió:

- *Mango roto o carcomido significa confesiones y comuniones mal hechas.*

Vi que los que tenían el arma sin mango o con el mango carcomido llevaban escritas algunas de estas palabras: orgullo, pereza, impureza. Di una vuelta por el campo y vi a muchos jóvenes tendidos por el campo como muertos. Unos estrangulados, otros con el rostro desfigurado de manera horrible y muchos muertos de hambre a pesar de que tenían junto a sí un plato lleno de riquísimos alimentos.

Y me fue dicho que éstos representan a los que tienen pecados sin confesar (quizás desde muy pequeños y nunca los han confesado) y a los que comen o beben con gula y a los que no quieren practicar los consejos que se les da en las confesiones y no aprovechan de la fuerza que ofrecen los sacramentos.

Muchos jóvenes caminaban sobre una alfombra de rosas, pero al sentir sus espinas caían desfallecidos por el suelo. Otros pisaban fuertemente las rosas y llegaban al otro lado victoriosos. Y me fue dicho que los que caen bajo las punzadas de las espinas son los que se entregan a los placeres sensuales y son víctimas de sus consecuencias dañosas. En cambio, los que pasan adelante victoriosos son los que saben mortificar sus pasiones y dominar su sensualidad.

De nuevo se oyó un sonido de trompeta, llamando a la batalla y aparecieron otra vez las fieras en mayor número y ferocidad que antes. Y todos nos sentimos atacados, tambien yo. Pero tomamos el arma de hierro con sus dos puntas afiladas y resistimos el ataque y los monstruos al verse combatidos se dieron a la fuga y desaparecieron. Entonces resonó la trompeta y se oyó una voz que decía:

¡Victoria! ¡Victoria!

Y sobre la cabeza de los vencedores aparecieron bellísimas coronas que resplandecían de manera maravillosa, y sus rostros brillaban con una belleza incomparable.

Y apareció una bellísima Señora en una tribuna, acompañada de una multitud de gente de una hermosura imposible de imaginar. La Señora estaba vestida como una gran Reina y exclamó amablemente:

- *Hijos míos, vengan todos a protegerse bajo mi manto.*

Al mismo tiempo, extendió un amplísimo manto y todos los jóvenes corrieron a protegerse bajo él. Noté que algunos, en vez de correr, volaban por los aires, y en su frente llevaban escrito: Inocencia. Otros caminaban más despacio, porque tienen más faltas. Algunos caminaban entre el barro y se quedaban allí atollados y no lograban llegar hasta el manto de la Señora. Son los que viven amarrados a sus pecados y a sus malas costumbres y por no dejar sus maldades no llegan a ser buenos devotos de la Virgen. Algunos se quedaron en mitad del camino sin lograr llegar, porque lo que les interesa en la vida es tener dinero, fama y goce terrenales y no el ser santos y agradar a Dios.

Yo empecé a correr para colocarme junto al manto de la Virgen y, en ese momento, me desperté[26].

* * * * * * *

El 8 de agosto (1880) soñé con un salón iluminado, con cubiertos relucientes en unas hermosas mesas. Estaban allí sentados nuestros alumnos: los del presente y los que vendrán en el futuro.

Vi que descendían del cielo muchos ángeles, trayendo hermosísimos lirios o azucenas en sus manos y se acercaban a varios jóvenes y daban a cada uno un lirio o azucena que traían. Los que recibían aquella flor se elevaban por los aires y se volvían tan hermosos que quizás sólo en el paraíso se logre ver gente con tan grande belleza.

Pregunté qué significaba aquello y me fue dicho:

- *Estos jóvenes son los que conservan aquella virtud que tanto hay que recomendar a la juventud: la santa pureza.*

Luego llegaron unos seres que parecían ángeles y empezaron a repartir rosas a varios de nuestros alumnos. Los que recibían las rosas comenzaban a brillar con un bellísimo resplandor.

Pregunté qué significaba aquello y una voz me dijo:

---

[26] MB 9, 258-260.

- *Los que reciben la rosa y brillan con especial resplandor son los que tienen el corazón inflamado de amor a Dios.*

Vi luego, en una gran oscuridad, a unos jóvenes que tenían el rostro como brasas, los cuales estaban entre un barrizal y, para salir de él, se colgaban de una cuerda o lazo. Pero tan pronto empezaban a subir, la cuerda se aflojaba y volvían a caer entre el barro, y ellos quedaban llenos de fango.

Pregunté qué significaba aquello y me dijeron:

- *La cuerda es la confesión que puede hacer subir a las personas hasta la santidad y hasta el cielo. Pero esos jóvenes hacen mal su confesion. Se confiesan sin verdadero arrepentimiento y tristeza de haber ofendido a Dios y sin hacer serios y firmes propósitos de empezar a ser mejores. Por eso, la cuerda cede y ellos vuelven otra vez al fango de sus antiguas faltas y no logran salir de allí.*

Vi luego algunos jóvenes que tenían enroscada al cuello una terrible serpiente, lista a inyectarles su mortal veneno y morderles la lengua. El rostro de esos jóvenes era tan horrible que causaba miedo.

Pregunté qué significaba esto, y una voz me dijo:

- *Estos son los que nunca se confiesan, o los que no se atreven a confesar ciertos pecados. Pobres: si se confesaran de todo, recobrarían la paz, pero, si siguen callando sus pecados sin confesarlos, seguirán con el monstruo del remordimiento en su cabeza, y con el alma cargada de pecados y la conciencia llena de amargura, sin determinarse a echar fuera el veneno del pecado que llevan en su corazón.*
  Y la voz añadió:

- *Es necesario narrar a los jóvenes esto que has visto ahora.*

Después de ver los tristes rostros de los que viven en pecado sentí la alegría de volver a ver el rostro resplandeciente de los que conservan la virtud de la pureza y de los que tienen su corazón lleno de amor a Dios y, en ese momento, se oyó un gran trueno y ... me desperté[27].

* * * * * * *

Veamos ahora el sueño escrito por el mismo Don Bosco el 11 de febrero de 1871: *He ido a visitaros sin que vosotros ni vuestros Superiores lo supierais. Llegué a la plazoleta que hay delante de la iglesia y vi un monstruo verdaderamente horrible. Tenía unos ojos grandes y centelleantes, nariz gruesa y chata, boca ancha, barbilla*

[27] MB 14, 553-554.

puntiaguda, orejas como las de un perro, y salían de su cabeza dos cuernos como los de un macho cabrío. Reía y bromeaba con algunos compañeros suyos saltando acá y acullá.

- *¿Qué haces aquí, monstruo infernal?, le pregunté asustado.*
- *Me divierto, respondió; no sé qué hacer.*
- *¿No sabes qué hacer? ¿Es que has determinado no dejar en paz a estos mis queridos muchachos?*
- *No hace falta que yo me ocupe de ello; tengo dentro amigos míos que hacen mis veces a las mil maravillas. Hay un grupo de alumnos que se alistan y son fieles a mi servicio.*
- *¡Mientes, padre de la mentira! Hay muchas prácticas de piedad, lecturas, meditaciones, confesiones...*

Me miró con una sonrisa burlona y, haciéndome señas para que le siguiera, me llevó a la sacristía, donde me mostró al director que estaba confesando:

Mira, algunos son enemigos míos, pero hay muchos que también me sirven aquí, y son los que prometen y no cumplen; se confiesan siempre de lo mismo, y yo disfruto mucho con sus confesiones.

Me llevó después a un dormitorio y me enseñó algunos que durante la misa piensan mal y no quieren ir a la iglesia. Después me señaló a uno diciendo:

- *Este estuvo ya en trance de muerte y entonces hizo mil promesas al Creador; pero después ¡se hizo peor que antes!*

Me llevó después a otros lugares de la casa y me hizo ver cosas, que me parecían increíbles y que no quiero escribir, pero os las contaré de viva voz. Entonces, llevóme al patio delante de la iglesia, y yo le pregunté:

- *¿Qué es lo que más te ayuda de estos jovencitos?*
- *¡Las conversaciones, las conversaciones, las conversaciones! Todo viene de ahí. Cada palabra es una semilla que produce frutos maravillosos.*
- *¿Quiénes son tus mayores enemigos?*
- *Los que comulgan a menudo.*
- *¿Qué es lo que más te disgusta?*
- *Dos cosas: la devoción a María...*

Y se calló, como si no quisiera seguir adelante.

- *¿Cuál es la segunda?*

Entonces, se estremeció. Parecía un perro, un gato, un oso, un lobo. Tan pronto tenía tres cuernos, como cinco o diez. Veíanse tres cabezas, cinco, siete. Y temblaba, pero quería obligarle a hablar y le dije:

- *Quiero que me digas qué es lo que más temes de todo lo que aquí se hace. Te lo mando en nombre de Dios Creador, Señor tuyo y mío, a quien todos debemos obedecer.*

En aquel momento, él y todos los suyos se retorcieron, tomaron formas, que no quisiera volver a ver jamás en mi vida; armaron después un gran estruendo lanzando horribles alaridos, que terminaron con estas palabras:

- *Lo que más daño nos causa, lo que más tememos es la observancia de los propósitos que se hacen en la confesión. Soltaron estas palabras entre gritos, tan espantosos y tan penetrantes, que todos aquellos monstruos desaparecieron como rayos, y yo me encontré sentado en mi habitación, junto a mi mesa de trabajo. Lo demás os lo contaré de viva voz y os lo explicaré todo*[28].

LA ALEGRÍA DEL PERDÓN

La alegría que Dios nos da a través de una buena confesión es inmensa y es tanto mayor cuanto mayores son los pecados perdonados. Ciertamente, cuando alguien en pecado mortal se confiesa, Dios mismo hace una gran fiesta en el cielo. Así nos lo dice Jesús: *En el cielo hay más alegría por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse* (Lc 15, 7). *Tal será la alegría entre los ángeles de Dios por un pecador que haga penitencia* (Lc 15, 10).

Y Dios, como Padre del hijo pródigo, nos dice: *Alegrémonos, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; se había perdido y ha sido hallado. Y se pusieron a celebrar la fiesta* (Lc 15, 24).

Veamos algunos ejemplos de buenas confesiones, que alegraban el corazón de padre de Don Bosco.

Un joven, antiguo alumno del Oratorio, volvía a Turín después de haber trabajado en su oficio por muchas ciudades italianas. Hacía mas de 10 años que no se confesaba y le causaba aversión el sacramento. Un pariente suyo, artesano también y antiguo alumno, le invitó a acompañarlo a visitar a Don Bosco. Lo encontraron confesando a los últimos penitentes en la sacristía. Entonces, su compañero le dio un empujón y lo lanzó aturdido en brazos de Don Bosco, quien le dijo:

- *¿Tienes miedo de mí? ¿No seguimos siendo amigos como antaño? Si quieres confesarte es lo más sencillo. Yo lo diré todo.*
  Enternecido el joven, se confesó y volvió a ser buen cristiano[29].

* * * * * * *

[28] MB 10, 42-43.
[29] MB 5, 639.

El 24 de mayo de 1884, estaba Don Bosco confesando en la sacristía del santuario de María Auxiliadora, cuando un hombre de unos treinta años se detuvo a mirarlo; y, aunque no tenía ganas de confesarse, sintió dentro de sí una fuerza que lo retuvo allí parado como una estatua. Don Bosco escuchó la confesión del último jovencito, se volvió al desconocido y lo invitó a arrodillarse. Lo que ocurrió entre él y el penitente sólo Dios lo sabe, pero alguien que estaba en la sacristía oyó sollozar a aquel señor como un niño y lo vio levantarse con la cara bañada en lágrimas. Le preguntaron qué le había ocurrido y respondió:

- *¡Oh, qué bueno es Dios! Es la Virgen quien me ha hecho venir aquí; es aquella imagen tan bella la que me ha tocado el corazón. Y fue ante la imagen de María Auxiliadora y no acababa de llorar y rezar*[30].

* * * * * * *

Un joven, entre 18 y 20 años, se confesaba. Era un obrero alto y fornido. Era la primera vez que se acercaba a Don Bosco. Con voz bastante fuerte, de modo que todos podían oírle, empezó a contar sus debilidades que no eran pocas ni chicas. En vano le indicaba Don Bosco que hablara más bajo e intentaba amortiguar su voz con un pañuelo blanco. Los compañeros más cercanos le tocaban diciéndole: "¡Habla más bajo!". Pero él, sin hacer caso ninguno, seguía como antes y, sin variar de voz, de cuando en cuando daba con el pie a los que le importunaban.

Los jóvenes, tuvieron que taparse las orejas con los dedos para no oír. Cuando recibió la absolución, besó la mano de Don Bosco con un estallido de labios tan vehemente, que hizo sonreír a muchos. Después se levantó para retirarse del confesionario y, al volverse, su semblante tenía una expresión de paz, de humildad y alegría sorprendentes. Buscaba abrirse paso entre la compacta multitud que, de una y otra parte, no hacía más que repetirle:

- *¿Por qué hablabas tan alto? Todos se han enterado de tus pecados.*
  El mozo se paró, extendió los brazos y, con un candor singular, exclamó:
- *¿Y qué me importa a mí que los hayáis oído? Los he cometido, es verdad, pero el Señor me los ha perdonado. De aquí en adelante seré bueno.*

Y apartándose, se arrodilló y se quedó inmóvil por una buena media hora dando gracias.

El mismo Don Bosco, en sus últimos años, recordaba con gran complacencia los hechos narrados anteriormente, y nos decía a nosotros, que escuchábamos con vivo interés:

---

[30] Lemoyne J.B, *Vida de San Juan Bosco*, o.c., p. 393.

- *No os podéis figurar cuán grande es la contrariedad que ahora experimento al no poderme ocupar de los jóvenes externos y especialmente de los albañiles, entre los cuales podía hacer con la ayuda de Dios tanto bien. Aún ahora, cuando puedo hablar con ellos algún momento, experimento un gran consuelo.*

Ellos me querían tanto que cualquier cosa que les hubiera dicho, la habrían hecho. Decía a alguno:

- *¿Cuándo vendrás a confesarte?*
- *Cuando quiera, aunque sea todos los domingos.*
- *No, sólo deseo que vengas cada dos o tres domingos.*
- *Está bien, lo haré.*

Y yo continuaba:

- *¿Por qué quieres venir a confesarte?*
- *Para ponerme en gracia con Dios.*
- *Esto es lo que importa, sobre todo; pero ¿sólo por eso?*

Y me respondía:

- *Para ganar méritos.*
- *¿Y por ningún otro motivo?*
- *Porque el Señor lo quiere.*
- *¿Y por algo más?*

El joven no sabía qué añadir. Entonces yo le decía:

- *Y porque le gusta a Don Bosco, que es tu amigo y busca tu bien.*

A estas palabras se conmovían, me tomaban la mano y la besaban y volvían a besar, derramando a veces lágrimas de consuelo. Yo les decía esto para inspirarles cada vez más confianza[31].

* * * * * * *

El 3 de setiembre de 1868, por la noche, habló Don Bosco de una mujer que llegó al fin de sus días y ni siquiera entonces se atrevió a confesar un pecado cometido a los nueve años. Pero, en el ardor de la fiebre, dijo:

- *¡Ay, que me voy al infierno!*
- *¿Por qué?, le preguntó el confesor que la asistía.*
- *Porque tengo un pecado, que jamás me he atrevido a confesar.*

[31] MB 3, 161-162.

Animóla el sacerdote y la pobrecita se confesó bien. Es una lección para nosotros, mis queridos hijos; no hay que esperar a aquel momento peligroso para arreglar las cuentas de nuestra alma. Quien lo necesitase, prepare bien su conciencia con una confesión general, pero si el confesor dijese:

- *Quédate tranquilo, no lo necesitas, siga ese tal adelante y deje toda responsabilidad al padre de su alma.*

El 4 de setiembre de 1868, les habló así a los jóvenes:

- *Hace pocos días había en el hospital una mujer gravemente enferma que no quería confesarse. Aumentaba el peligro de muerte y le propusieron que me llamaran.*

Ella contestó:

- *Venga el que quiera; no me confesaré.*
- *Fui y en cuanto llegué, dijeron a la enferma:*
- *Ha llegado Don Bosco.*
- *Cuando esté curada me confesaré.*
- *Es que Don Bosco te hará sanar.*
- *Que me cure y entonces me confesaré.*

Como yo tenía en la mano una medalla de María Auxiliadora con un cordoncito, se la presenté. La enferma la tomó, la besó y se la puso al cuello. Los presentes lloraban de emoción. Hice que salieran aquellas personas; la bendije y ella se santiguó; le pregunté cuánto tiempo hacía que no se confesaba y se confesó. Cuando terminó me dijo:

- *¿Qué le parece? Hace poco no quería confesarme y me he confesado.*

Estaba contenta.

- *Pues yo no sé qué decir, le respondí: mire, es la Santísima Virgen, que quiere que se salve.*

Y la dejé con los sentimientos de una buena cristiana. Pongamos, pues, toda nuestra confianza en María, y quien no lleve aún su medalla al cuello, póngasela; y por la noche, y en las tentaciones, besémosla y experimentaremos una gran ayuda para nuestra alma[32].

* * * * * * *

Tenía yo 17 años y un día me llama Don Bosco a toda prisa y me dice:

[32] MB 9, 337-338.

- *¿Me ayudarías a hacer una cosa muy urgente?*
- *¡Con mucho gusto! ¿Cuál?*
- *Te va a costar trabajo.*
- *No importa; haré lo que usted quiera, soy muy fuerte.*
- *¡Pues ven conmigo a la iglesia!*

Yo, la mar de contento de poder servir a don Bosco, dejé inmediatamente el juego, y quise seguirle tal y como estaba, esto es, en mangas de camisa.

- *Así no, me dijo Don Bosco. Ponte la blusa.*

Me la puse enseguida. Don Bosco iba delante y yo le seguí hasta la sacristía, creyendo que allí habría algo para trasladar a otra parte.

- *Ven conmigo al coro, continuó Don Bosco.*
- *Donde usted quiera, respondí.*

Y me llevó a un reclinatorio. Yo, que aún no había entendido, me dispuse a agarrarlo para transportarlo.

- *Déjalo, déjalo, repitió don Bosco sonriendo.*
- *Entonces, ¿qué quiere usted que haga?*
- *Quiero que te confieses.*
- *De acuerdo, pero ¿cuándo?*
- *Ahora.*
- *Ahora no estoy preparado.*
- *Ya lo sé que no estás preparado, pero te doy todo el tiempo que quieras: yo rezaré una parte del breviario y tú, luego, te confesarás, como me lo has prometido muchas veces.*
- *Pues si a usted le gusta así, me prepararé con mucho gusto y de este modo no tendré que preocuparme de buscar confesor. Verdaderamente necesito confesarme. Ha hecho usted bien en hacerlo así, porque quizás por respeto humano de algunos compañeros no habría venido.*

Mientras Don Bosco recitaba su breviario, yo me preparé y después me confesé, con más facilidad de lo que hubiera esperado, porque mi caritativo y experto confesor me ayudó maravillosamente con sus sabias preguntas. Me despachó en poco tiempo, y yo, después de cumplir la penitencia que me impuso y dar gracias devotamente, volví a mi interesante recreo. A partir de aquel día, ya no tuve dificultad en ir a confesarme; más aún, experimentaba gran gozo en acercarme a este sacramento siempre que podía, de modo que empecé a hacerlo frecuentemente[33].

* * * * * * *

[33] MB 2, 437.

Un día llamaron a Don Bosco para ir a confesar a un jovencito de unos dieciséis años, que había frecuentado el Oratorio festivo y que se hallaba en los últimos momentos, consumido por la tuberculosis. Vivía en una casa próxima a San Roque. Don Bosco acudió. El pobrecito le recibió lleno de alegría y se confesó. Seguidamente entraron en la habitación su padre y su madre y se colocaron al lado de la cama. Don Bosco siguió a la cabecera. En la mirada del moribundo apareció una expresión de profunda melancolía. Se volvió a su madre y le dijo:

- *Le ruego que llame a ese muchacho, amigo mío, que vive en la planta baja de la casa, para que venga a hacerme una visita enseguida.*
- *¿Para qué quieres verlo?, preguntó la madre.*
- *Yo sé por qué. Tengo que decirle una palabra.*

Como le parecía a Don Bosco que la visita desagradaba a los padres, intervino:

- *No te pongas así; ¿para qué necesitas que venga?*
- *Quiero saludarle por última vez.*

No tardó éste en llegar. Clavó una mirada casi de terror sobre el enfermo y se acercó a los pies de la cama. El moribundo se esforzó por incorporarse. Los padres le ayudaron, colocándole un cojín tras las espaldas. Entonces, fijó sus ojos con angustia indescriptible sobre el compañero, tendió su mano derecha hacia él, apuntóle con el dedo índice y con voz temblorosa le dijo:

- *Tú...*

Y tomó un poco de aliento después de un violento asalto de tos...

- *Tú, prosiguió, eres el que me has matado... Maldito sea el momento en que te encontré por vez primera. Culpa tuya es que yo muera tan joven... Tú me enseñaste lo que yo no sabía... Tú me traicionaste... Tú me hiciste perder la gracia de Dios... Tus conversaciones, tus malos ejemplos me lanzaron al mal y ahora llenan de amargura mi alma... Si hubiese seguido el consejo de quien me exhortó a dejarte...*

Todos lloraban con sus palabras. El pobre compañero temblaba y, más pálido que el mismo agonizante, sintiéndose desfallecer, se agarraba a los hierros de la cama.

- *Basta, basta, cálmate, dijo Don Bosco al enfermo. ¿Para qué afligirte ahora de este modo? Lo pasado, pasado está, ya no existe... No pienses más en ello... Tú te has confesado bien y no tienes nada que temer... Todo está borrado y olvidado. ¡Dios es muy bueno!...*
- *Sí, es cierto. Pero de no haber sido por él yo sería inocente... Yo sería feliz... No me encontraría así...*
- *Bueno, perdónale, añadió Don Bosco. El Señor también te ha perdonado a ti. Tu perdón obtendrá misericordia para él.*

- *¡Sí, sí, le perdono!, exclamó el pobrecito.*

Y cubriéndose el rostro con las manos, rompió a llorar y cayó sobre la almohada. Nadie podía aguantar la desgarradora escena. Don Bosco hizo señas a los padres para que sacaran al otro muchacho, que sollozaba sin poder articular palabra. Como no se tenía en pie, hubo que sostenerlo. Don Bosco, con palabras que sólo él sabía decir, devolvió la tranquilidad al corazón del pobre traicionado y lo asistió hasta el último instante[34]*.*

Refiere D. Francisco Cerruti haber oído de Don Bosco mismo el hecho siguiente: *Un día fue a buscarme una señora y me rogó con grande empeño que fuese a visitar a cierto enfermo próximo a morirse. Tratábase de una persona muy importante en la Masonería, que se había negado a recibir a cuantos sacerdotes intentaron confesarlo, y sólo a duras penas consintió en que se llamase a Don Bosco. Yo fui allá; pero apenas entré en la habitación y cerré la puerta me dijo reuniendo todas las fuerzas que le quedaban: "¿Viene usted como amigo o como sacerdote? ¡Ay de usted si llega a nombrarme siquiera la palabra confesión!"... Y sacó dos revólveres que tenía, uno en cada lado de la cama. Me los apuntó al pecho y continuó:*

"Recuerde bien que en el momento en que me hable de confesión, uno de estos revólveres lo dispararé contra usted y el otro contra mí; sólo me quedan pocos días de vida". Le respondí que estuviese tranquilo y que no le hablaría de confesión sin su permiso. Le pregunté sobre su enfermedad y el parecer de los médicos. Después desvié la conversación sobre puntos de historia y me detuve en contarle la muerte de Voltaire. Acabada la narración, añadí: "Tocante al fin de Voltaire, creen algunos que se ha condenado; yo, al menos, no me atrevo a asegurarlo, porque sé que la misericordia de Dios es infinita".

- *¿Cómo, hay todavía esperanza para Voltaire? Entonces, tenga la bondad de confesarme.*
- *Me acerqué a él, lo preparé y lo confesé. Cuando le di la absolución, prorrumpió en copioso llanto, exclamando que jamás había gozado de tanta paz en su vida como en aquel momento. Al día siguiente, recibió el santo viático, pero antes llamó a su habitación a todos los de casa y públicamente pidió perdón del escándalo que les había dado. Después del viático mejoró bastante, vivió todavía dos o tres meses, que empleó en rezar y pedir con frecuencia perdón por sus escándalos y en recibir varias veces con gran edificación a Jesús sacramentado.*
- *Debes saber, acabó diciendo Don Bosco, que aquel señor era de un grado muy elevado en la Masonería. Demos gracias por todo al Señor.*

El santo tenía una gran idea de la misericordia de Dios, la cual sabía inspirar a los demás con eficacia. Esta gran confianza en la misericordia divina y la tierna caridad que tenía para todos, especialmente para los que sufrían, lo hacían muy

[34] MB 7, 232-233.

solicitado junto al lecho de los enemigos de la Iglesia. Pero más que todos, en sus últimos momentos, lo deseaban los jovencitos del Oratorio, los cuales, según atestigua D. Rua, encontraban dulce la muerte, asistidos por Don Bosco[35].

HACIA LA SANTIDAD

Veamos algunos ejemplos de jóvenes que, por medio de la confesión y comunión frecuente, llegaron a la santidad tal como lo describe el mismo Don Bosco en sus biografías.

a) LUIS ORIONE

Fue alumno de san Juan Bosco en el Oratorio, al que entró en 1886, cuando ya Don Bosco era anciano y casi no confesaba por motivos de salud. Aquel año 1886, Luis se había consagrado a la Virgen el 8 de diciembre y tuvo oportunidad de confesarse. Dice: *Cuando estuve delante de Don Bosco, le presenté un cuaderno donde había escrito mis pecados. Yo miraba su rostro para ver qué impresión le hacía. Después, comencé a leer de prisa los pecados que había escrito. Don Bosco me miraba y me dijo: Déjalo, dámelo. Continuó haciéndome algunas preguntas y después señaló algo que no estaba escrito en mis cuadernos. Permanecí conmovido por su intuición. Después me dijo tres cosas, que todavía recuerdo y que sólo Dios podía saber. Y añadió: "Sé siempre un joven alegre". Y me sonrió como sólo él podía sonreír.*

Luis Orione se levantó con el alma llena de alegría como nunca la había tenido en su vida. Y, después de 50 años, todavía repetía: *Don Bosco conocía los corazones.* Luis Orione se santificó en la escuela de Don Bosco con mucho amor a la Virgen María y frecuentes confesiones y comuniones. Fue canonizado por el Papa Juan Pablo II el 16 de mayo de 2004[36].

b) FRANCESCO BESUCCO

Había nacido el 1 de marzo de 1850 y tenía 13 años, cuando llegó a Turín con su padre. Sólo estuvo en el Oratorio con Don Bosco cinco meses antes de ir al cielo como un santo. Se le llama el pastorcito de los Alpes.

La educación religiosa de este jovencito se debió en gran parte al párroco de su pueblo, Don Francesco Pepino. A su debido tiempo, lo preparó personalmente para la primera confesión y comunión. Besucco decía: *Tengo con él toda la confianza. Él conoce mi corazón y yo le manifiesto todos mis secretos, porque me quiere mucho. Cuando me confieso, siento tanta alegría que preferiría morir a cometer un solo*

---

[35] Lemoyne J.B, *Vida de San Juan Bosco*, o.c., p. 446.

[36] Lanza Antonio, *Messagi di Don Orione*, Quaderno 69, Piccola Opere del la Provvidenza, Tortona-Roma, 1988.

pecado. Además, podría ser mi última confesión y yo quiero confesarme como si fuera realmente la última.

Por estar bien preparado fue admitido a la primera comunión a los ocho años, cuando en aquellos tiempos solía hacerse a los doce. Desde ese día, se confesaba cada mes y comulgaba cuando se lo permitía el confesor; y hacía todos los días una visita a Jesús sacramentado.

Estando en el Oratorio, al acercarse la fiesta de la Natividad de María, quiso hacer una confesión general. El confesor le dijo que no la necesitaba, porque ya la había hecho otras veces con su párroco, pero él le dijo:

- Sí, lo he hecho ya, pero ahora quiero poner mi alma en sus manos y quiero manifestarle mi alma totalmente para que me conozca bien y pueda darme mejores consejos para salvar mi alma. De este modo, el confesor aceptó que hiciera una buena confesion general y la hizo con mucha devoción. No quiso cambiar de confesor mientras vivió en la tierra. Con él tenía mucha confianza y le consultaba muchas cosas, incluso fuera de la confesión. Cuando se enfermó de la enfermedad que lo llevaría al cielo quiso hacer una buena confesión y renovó su promesa de no ofender más al Señor. Al preguntarle Don Bosco qué quería decirle a sus compañeros, dijo: *Que huyan de los escándalos y hagan buenas confesiones*[37].

c) MIGUEL MAGONE

Nació el 19 de setiembre de 1845. A los 13 años, huérfano de padre, vivía en la calle y era el jefe de una banda de pequeños delincuentes. Don Bosco lo encontró una tarde de otoño en la estación de Carmagnola y lo invitó al Oratorio.

Al mes de estar en el Oratorio, se sintió triste al ver a sus compañeros alegres, porque rezaban y se acercaban a la confesión y comunión. Él no se atrevía, pero el compañero que, como ángel guardián, Don Bosco le había puesto para ayudarle, le sugirió que fuera a confesarse para arreglar las cuentas de su conciencia.

Cuando se acercó a Don Bosco, no sabía qué decir y manifestó: *Tengo la conciencia enredada, estoy confundido.* Don Bosco le mandó prepararse para repasar todos los pecados desde su última confesión y arrepentirse de ellos. Ese mismo día por la tarde, se acercó a confesarse con mucha devoción y mucho arrepentimiento. Al despedirse del confesor, le dijo a Don Bosco:

- ¿Todos mis pecados han sido perdonados? ¿Si muriese está noche estaría salvado?

---

[37] Giovanni Bosco, *Francesco Besucco*, Torino, 1864; Opere Edite, vol. 15, pp. 242-423.

- Sí, vete tranquilo. El Señor, en su gran misericordia, te esperó hasta este momento para que hagas una buena confesión y te ha perdonado todo.
- ¡Oh, qué feliz soy! Y se echó a llorar de alegría, pensando qué desgraciados son aquellos que caen en pecado: Si experimentasen la gran alegría de quienes están en gracia, todos irían a confesarse.

Y comenzó a frecuentar la confesión y comunión. El confesor tuvo que moderarlo para que no cayera en escrúpulos.

Afirma Don Bosco que Miguel Magone hizo siete propósitos para santificarse:

1.- Poner mucha confianza en la Virgen María y ponerme bajo su protección.
2.- Cuando tenga tentaciones, evitar el ocio y hacer cualquier cosa para distraerme.
3.- Besar frecuentemente la medalla de la Virgen o el crucifijo, repitiendo con fe: Jesús, José y María. Estos tres nombres son terribles contra los demonios.
4.- Si la tentación continúa, acudir en oración a la Virgen y repetir: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores...
5.- Cuidar de no leer malas lecturas.
6.- Huir de los malos compañeros.
7.- Confesar con frecuencia y comulgar cuando me lo permita el confesor.

Dice Don Bosco: *Antes de morir, le pregunté: ¿Qué cosas quisieras decir a tus compañeros?*

- *Que procuren hacer siempre buenas confesiones. Lo que más me consuela en este momento de mi muerte es lo que he hecho en honor de la Virgen María. Esta es mi más grande consolación. ¡Oh, María, María, qué felices son tus devotos en el momento de la muerte!*

Murió el 21 de enero de 1859 a los 14 años de edad como un verdadero santo[38].

d) DOMINGO SAVIO

Nació el 2 de abril de 1842. Desde los cinco años, había aprendido a ayudar a misa y ayudaba devotamente todos los días. Como era muy piadoso y sabía bien el catecismo, fue admitido a la primera comunión a los siete años. La víspera de ese día, le dijo a su madre: *Perdóname todos los disgustos que te he dado. En adelante, prometo ser mejor y seré obediente y respetuoso.* Al día siguiente, se levantó temprano, se puso sus mejores ropas y se fue a la iglesia, que todavía estaba cerrada. Se arrodilló en la puerta para rezar, esperando que abrieran. Después vinieron las confesiones y la misa de

[38] Bosco Giovanni, *Magone Michele*, Torino, 1861; Opere edite di Don Bosco, vol 13, pp. 155-250.

comunión. Todo duró cinco horas. Él entró el primero y salió el último de la iglesia. En todo aquel tiempo, no sabía si estaba en el cielo o en la tierra.

Aquel día de su primera comunión, fue el principio de una vida que puede servir de modelo a cualquier cristiano. Entre sus propósitos estaba el de confesarse frecuentemente y comulgar cuantas veces se lo permitiera el confesor.

Con diez años hacía diariamente un largo camino de cuatro kilómetros de ida y otros cuatro kilómetros de vuelta para ir a la escuela. Un día lo encontró un señor y le preguntó:

- ¿No tienes miedo de caminar tú solo?
- No estoy solo, tengo mi ángel custodio que me acompaña en todo el camino.

El año 1854, cuando el Papa iba a definir el dogma de la Inmaculada Concepción en Roma, se preparó con una confesión general y se consagró a María, diciendo muchas veces: *María, os doy mi corazón, haced que sea siempre vuestro. Jesús y María, sed siempre mis amigos, pero hacedme morir antes que cometer un solo pecado mortal.*

Cuando le dijeron que Domenico (del latín Dominus) significaba "del Señor", decía: *Quiero ser del Señor como mi nombre. Yo quiero y debo ser todo del Señor, quiero ser santo y no estaré contento hasta que sea santo.*

Tenía mucha devoción a la Virgen María y le pedía la gracia de morir puro. Con frecuencia, llevaba a otros compañeros a la iglesia para rezar a la Virgen o hacer alguna práctica especial en el mes de mayo. A todos los animaba a confesarse y comulgar frecuentemente.

Y dice Don Bosco: *Está probado por la experiencia, que los mejores medios para ayudar a los jóvenes en una buena vida son la confesión y la comunión. Dadme un joven que frecuente estos sacramentos y veréis cómo llega a ser un modelo. Domingo Savio, antes de entrar al Oratorio, se confesaba una vez al mes. Al llegar, hizo una confesión general y empezó a confesarse cada quince días y, después, cada ocho días, comulgando tres veces por semana según le permitía el confesor. Mas tarde, el confesor le permitió comulgar todos los días.*

El mismo Domingo, llevado de su celo apostólico, consiguió un grupo de amigos y formó la *Compañía de la Inmaculada Concepción* para asegurarse la protección de la Virgen María durante la vida y, especialmente, en la hora de la muerte. Para ello proponía prácticas de piedad a María y confesión y comunión frecuentes.

Un día faltó al desayuno, a las clases y a la comida del mediodía. Nadie sabía dónde estaba. Lo encontraron en el coro, mirando fijamente el sagrario. No movía los labios. Tuvieron que moverlo para que despertara de su íntima concentración con el Señor. Sólo pudo decir: *¿Ya se ha terminado la misa? Y pidió perdón.*

Dice Don Bosco: *Otro día, estaba para salir de la sacristía, después de terminada la misa, y oigo voces en el coro. Voy a ver y encuentro a Domingo que estaba hablando como en éxtasis y decía: Sí, Dios mío, ya te lo he dicho, te amo y quiero amarte hasta la muerte. Si ves que voy a ofenderte, mándame la muerte antes de pecar.*

Murió el 30 de diciembre de 1856 a los 14 años de edad. Fue canonizado el 12 de junio de 1954[39].

MILAGROS DE INTERCESIÓN DE MARÍA

San Juan Bosco fue un gran taumaturgo. Desde seminarista, Dios le había regalado el don de hacer milagros por intercesión de María. Pero para evitar que se los atribuyeran a él, usaba píldoras de pan, como si fueran medicinas poderosas, imponiendo, a la vez, confesarse y rezar cierto número de salves o avemarías durante varios días. Un día, un farmacéutico analizó en el laboratorio aquellas píldoras curativas y descubrió que eran de pan.

La noticia corrió por el pueblo. Y el mismo señor Turco, uno de los curados con las píldoras, fue a Turín a visitar a Don Bosco y a darle las gracias. Le contó los rumores sobre las píldoras de pan y le rogó que le manifestara el secreto de su medicina. Don Bosco le preguntó:

- *¿Rezó usted con fe las tres Salves que le mandé?*
- *Sí.*
- *Pues eso baste.*

Desde entonces, al ver descubierta su artimaña, abandonó Don Bosco aquel método de curación[40] .

Don Bosco recomendaba siempre a los enfermos estar en gracia de Dios, bien confesados; pues, de otro modo, no podrían ser curados. Esto mismo exigía para ser preservados de muchos peligros. Veamos algunos.

En julio de 1854 se presentaron en Turín los primeros casos de cólera. Don Bosco les dijo a sus jóvenes: *Vosotros estad tranquilos. Si cumplís lo que yo os digo, os libraréis del peligro. Ante todo, debéis vivir en gracia de Dios, llevar al cuello una medalla de la Santísima Virgen, que yo os bendeciré y regalaré a cada uno, y rezar cada día un padrenuestro, un avemaría y un gloria. Por término medio moría el sesenta por ciento de los afectados. Del 1 de agosto hasta el 21 de noviembre se dieron 2.500 casos, de los que murieron 1.400.*

---

[39] Giovanni Bosco, *Domenico Savio*, Torino, 1859; Opere edite di Don Bosco, vol. 11, pp. 150-292.
[40] MB 2, 22-24.

Les dijo a los muchachos: Mañana haréis una buena confesión y comunión para que yo os pueda ofrecer a todos juntos a la Santísima Virgen, rogándole que os proteja y defienda como a hijos suyos queridísimos. La causa de todo es, sin duda, el pecado. Si todos vosotros os ponéis en gracia de Dios y no cometéis ningún pecado mortal, yo os aseguro que ninguno será atacado por el cólera; pero, si alguno se obstina en seguir siendo enemigo de Dios o, lo que es peor, lo ofendiera gravemente, a partir de este momento yo no podría garantizar lo mismo para él ni para ningún otro de la casa.

De hecho, a pesar de que el cólera hizo estragos entre los vecinos, ninguno de los alumnos del Oratorio fue atacado ni siquiera los 44 jóvenes que durante aquellos meses atendieron por las casas a los enfermos.

Cuando terminó la peste, hizo una misa de agradecimiento y les dijo a todos: *Demos gracias a Dios, porque nos ha conservado la vida en medio de mil peligros de muerte. Sin embargo, para que nuestra acción de gracias sea agradable, unamos la promesa de consagrar a su servicio el resto de nuestros días, amándolo con todo nuestro corazón, practicando la religión como buenos cristianos, guardando los mandamientos de Dios y de la Iglesia y huyendo del pecado mortal, que es una enfermedad mucho peor que el cólera o la peste. Dicho esto, entonó el Tedéum que los muchachos cantaron transportados de vivo reconocimiento y amor*[41].

En una carta, escrita el 27 de julio de 1886, recordaba Don Bosco los medios para seguir protegiéndose del cólera: *Invocar frecuentemente a la Virgen María, llevar siempre al cuello o consigo la medalla bendecida de María y recibir frecuentemente los sacramentos de la confesión y comunión.*

En 1884 volvió el cólera a invadir distintos países. El inspector de la casa de Marsella, en Francia, le escribía a Don Bosco: La ciudad ha sido despoblada. Han huido más de cien mil personas. Mueren cada día un promedio de noventa a cien personas. Pero en nuestra casa, gracias a la protección de María Auxiliadora, no hemos tenido todavía un solo caso. Tenemos en casa unos ciento cincuenta muchachos. Todos llevan al cuello la medalla de María y hacen lo posible por practicar el remedio que usted ha sugerido (de comulgar y confesar frecuentemente). Otra noticia consoladora es que ninguno de nuestros bienhechores y amigos ha caído enfermo hasta ahora[42].

El 22 de febrero de 1887, Don Bosco les entregó a los alumnos una medalla de manera misteriosa, recomendándoles que la tuvieran en gran aprecio, porque los protegería en cualquier calamidad. Al día siguiente, sobrevino la primera. Un espantoso terremoto sacudió furiosamente la zona de Liguria y repercutió también en el Piamonte (donde vivían). Pareció una gracia singular de la Virgen que los salesianos y sus alumnos quedaran libres de desgracias personales, pues no hubo muertos ni heridos ni lesionados, aunque los daños materiales fueron importantes[43].

---

[41] MB 5, 78-84. 152.
[42] MB 17, 240-241.
[43] MB 18, 292.

En una ocasión fue Don Bosco a predicar un triduo para la fiesta de la Asunción a Montemagno, donde hacía tres meses que no caía ni una gota de lluvia y los campos estaban abrasados.

La primera tarde que Don Bosco subió al púlpito, hizo la siguiente promesa, que debió ser inspirada por el cielo:

Si venís a los sermones en estos tres días y os reconciliáis con Dios por medio de una buena confesión, y si os preparáis todos de modo que el día de la fiesta haya una comunión general, os prometo en nombre de la Virgen que una lluvia abundante caerá sobre vuestros campos resecos.

El pueblo asedió los confesionarios aquellos tres días. El día de la fiesta de la Asunción hubo una comunión tan numerosa como no se había conocido desde mucho tiempo atrás. En la mañana, estaba el cielo despejadísimo... En la tarde, las campanas tocaron a Vísperas y en la iglesia comenzó el canto de los salmos.

Acabado el Magnificat, Don Bosco sube lentamente al púlpito. Dice el avemaría y parece que la luz del sol se oscurece un poco. Comienza el exordio del sermón. Después de algunos períodos, se oye, prolongado, el ruido del trueno. Un murmullo de gozo recorre la iglesia. Don Bosco se detiene un instante, la lluvia abundante golpea las vidrieras... Después de la bendición, la gente se detuvo bajo el pórtico de la iglesia, porque la lluvia continuaba cayendo copiosamente. Todos reconocieron el prodigio, aún mayor, porque en las cercanías cayó una granizada tan terrible que destrozó las cosechas. En Montemagno no se vio un solo granizo[44].

Otro caso especial de protección de Dios por medio de María tuvo lugar durante la guerra entre Austria y el Piamonte. Al regresar los jóvenes del Oratorio que habían ido a la guerra, Don Bosco declaró: *Me hubiera gustado acompañar al ejército, pero mi avanzada edad no me lo permitió. Me quedé en casa y acompañé a mis hermanos e hijos con el corazón y con mis oraciones. Y gracias a Dios los vi retornar a todos sanos y salvos. ¡Cómo saltaban todos a mi cuello, llenos de alegría! Yo los abracé con tierno afecto, como si hubieran vuelto de nuevo a la vida. Pero debo confesar que, para obtener este querido resultado, me serví de un medio sencillísimo y seguro. Me había provisto de antemano de muchas medallas de María Santísima y las repartí a todos los que estaban a punto de partir para la guerra. Tendría para mucho tiempo, si os narrase las gracias que se obtuvieron*[45].

A ellos también les insistió en que, para que las medallas benditas tuvieran efecto, era necesario que estuvieran en gracia de Dios y no cometieran ningún pecado mortal. Y así pudieron regresar todos sanos y salvos, por intercesión de María.

---

[44] Lemoyne J.B., *Vida de San Juan Bosco*, o.c., p. 290.
[45] MB 8, 505-506.

Por eso, podía decir convencido, al terminar la biografía de Domingo Savio: *El medio más seguro para vivir felices cada día en medio de las aflicciones de la vida, es confesarse frecuentemente haciendo buenas confesiones.*

En otro lugar, afirma: *El católico, alejado de la confesión y abandonado a sí mismo, camina de abismo en abismo y cual débil planta sin protección, expuesta a la fuerza de los vientos, llega a los más deplorables excesos*[46]. Y repetía: *Es siempre regla general que los mejores cristianos y más honestos hombres de la sociedad son aquellos que frecuentan la confesión; al contrario, los más malvados son aquellos que no se confiesan o se confiesan mal*[47].

[46] Opere edite 6, III, 147.
[47] Opere edite 6, 84 - 85.

TERCERA PARTE

LA MISERICORDIA DEL SEÑOR

En esta tercera parte, expondremos algunas ideas sobre la misericordia del señor y algunos mensajes de Jesús a santa Faustina, la mensajera de su misericordia. Así comprenderemos que, pase lo que pase, Dios es un Padre bueno que siempre nos espera y nos ama sin condiciones.

EL HIJO PRÓDIGO

La parábola del hijo pródigo (Lc 15) es una de las mejores muestras del amor misericordioso de Dios por nosotros sus hijos. Jesús nos habla del hijo menor que, harto de estar en su casa obedeciendo a su padre, quiere ir en busca de aventuras a lejanas tierras; y le pide a su padre que le dé la parte de herencia que le corresponde. Así con mucho dinero en el bolsillo, se va en busca de placeres y derrocha su dinero con falsos amigos y malas mujeres. Cuando se le terminó el dinero, tuvo que ponerse a trabajar para no morirse de hambre, ya que todos sus amigos habían desaparecido. Y cayó en lo más bajo en que podía caer un judío, que no podía ni siquiera tocar un cerdo. Se puso a trabajar, cuidando cerdos y comiendo de lo que ellos comían. Hasta que un día recapacitó, se arrepintió de su mala vida y decidió regresar a casa.

Dice el Evangelio que, cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se lanzó corriendo hacia él, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su padre no le recriminó ni le grito diciendo: ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho con el dinero? Vienes como un pordiosero, todo sucio, enfermo, maloliente. ¿Qué has hecho de tu vida?

No, el padre se limitó a abrazarlo y a besarlo; y se alegró tanto que mandó celebrar una gran fiesta. Por su parte, el hijo prodigo sólo atinó a decir: *Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, no soy digno de ser llamado hijo tuyo.*

Su padre, llevado de una gran alegría, mandó celebrar una fiesta en su honor y para ello mató el ternero cebado e invitó a todos sus amigos. ¿Por qué? *Porque este hijo mío, que estaba muerto, ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo he encontrado.*

El único que no se alegró de su vuelta fue el hermano mayor, que no quería entrar en la fiesta. Se consideraba el único merecedor de la fiesta y despreció a su hermano, diciendo a su padre: *A mí nunca me diste un cabrito para hacer fiesta con mis amigos y viene este hijo tuyo (no dice este hermano mío) que se ha gastado el dinero con prostitutas y le matas el ternero cebado.*

Su padre tuvo que salir a convencerlo para que entrara a la fiesta y se alegrara por la llegada de su hermano. Pero la parábola no dice cómo terminó todo. No dice, si el hermano mayor aceptó entrar, si saludó a su hermano o si se quedó fuera y no quiso

dirigirle la palabra por el resto de su vida. Todo es posible en la vida de los hombres. Pero veamos su aplicación actual.

Dios es un padre bueno y amoroso que, como el padre del hijo pródigo, está siempre esperándonos y sale todos los días al camino para esperarnos. Dios siempre está dispuesto a perdonarnos. No importa, si venimos con el alma hecha trizas por los pecados cometidos, Él siempre está dispuesto a recibirnos. Le basta que, humildemente, le digamos como el hijo pródigo: *Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, perdóname.* Y él se sentirá tan feliz que hará una fiesta en el cielo. Quizás no faltarán algunos falsos hermanos que no se alegrarán de la vuelta a casa del pecador. Quizás algunos no aceptarán su amistad, no lo comprenderán y seguirán criticándolo y despreciándolo; pero, a pesar de todo, lo importante no es lo que piensan los hombres, sino lo que piensa Dios, que nos sigue amando y perdonando; y no una vez, sino siempre.

Al pensar en esta parábola, pienso en tantas personas que se van de la Iglesia y rechazan la fe en que han nacido. Dicen que quieren ser libres y se van de casa y dilapidan las grandes cualidades y talentos que Dios les ha dado, viviendo lejos de Dios y de la Iglesia.

Buscan afanosamente el placer y la comodidad y, sin darse cuenta, van cayendo en los vicios más bajos. Se hacen esclavos del alcohol o de la droga o de la pornografía o del sexo o de la violencia en grupos extremistas. Algunos, quizás se van a buscar la felicidad en sectas esotéricas o en brujos y magos; o, peor aún, si lo hacen en sectas satánicas, adoradoras de Satanás. ¡Cuántas personas que, por alejarse de Dios, se hacen esclavos de sus vicios y caen en lo más bajo, como cerdos, que se revuelcan en el barro de sus pasiones!

¡Ojalá que ellos se den cuenta a tiempo de sus errores y se arrepientan y regresen a Dios, recuperando su fe perdida! Ellos deben saber que Dios los sigue esperando como al hijo pródigo y que nunca deben dudar de ser perdonados, por muchos o grandes que sean sus pecados. Dios quiere celebrar una fiesta con ellos y quiere darles paz, amor y alegría dentro de su corazón. Ojalá que se decidan pronto a dar este paso y reconozcan su infelicidad y su miseria, porque la vida es corta y se va acabando día a día. ¿Cuánto tiempo tendrán la oportunidad de seguir con vida? ¿Hasta cuándo podrán seguir ofendiendo a Dios y diciéndole con sus obras: No te quiero? Si no se arrepienten, cuando llegue el último momento, y se les presente lleno de amor para hacerles la revisión de vida, con todo el dolor de padre tendrá que decirle a cada uno: *Hijo mío, te amo infinitamente, pero quiero que seas libre. Si no me amas, que se haga tu voluntad eternamente. Si lo deseas, vete a vivir con los demonios.*

Hermano querido, Dios te ama y me ha dicho que te lo diga. Si no lo crees, haz la prueba, confiésate, arrepiéntete y un nuevo día amanecerá para ti. Y Dios te dirá: *Hijo mío, tus pecados te son perdonados* (Mc 2, 5).

LA MISERICORDIA DEL SEÑOR

Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó y, estando nosotros muertos por nuestros pecados, nos dio vida en Cristo (Ef 2, 4-5).

Dios nos ama y tiene siempre misericordia con nosotros pecadores, y nos espera y nos seguirá esperando hasta el final con los brazos abiertos. Como decimos en el canto del Magnificat: *Su misericordia llega a sus fieles de generación en generación.*

En el sacramento de la penitencia o reconciliación cada hombre experimenta, de manera singular, la misericordia, es decir, el amor que es más fuerte que el pecado... No hay pecado humano que prevalezca por encima de esta fuerza y ni siquiera la limite[48].

En las revelaciones de Jesús a santa Faustina Kowalska (1905-1938), le dice: *Mi misericordia es más grande que tus miserias y de aquellas del mundo entero*[49].

Cuando te acercas a la santa confesión, que es fuente de misericordia, siempre desciende sobre tu alma mi sangre y agua, que brotó de mi Corazón... Cuando vas a la confesión, ten en cuenta que yo mismo te espero en el confesionario, me oculto en el sacerdote, pero soy yo el que opera en tu alma. Allí la miseria se encuentra con el Dios de la misericordia[50]

En este tribunal de la misericordia, tienen lugar los más sorprendentes milagros que se repiten incesantemente. Para obtener este milagro, no es necesario hacer peregrinaciones a tierras lejanas ni celebrar ritos solemnes exteriores, sino llegar a los pies de mi representante y confesarle la propia miseria, y el milagro de la divina misericordia se manifestará en toda su plenitud

Aunque un alma estuviese en descomposición como un cadáver y humanamente no hubiera ninguna posibilidad de resurrección y todo estuviera perdido, no sería así para Dios. Un milagro de la divina misericordia resucitaría esta alma en toda su plenitud. Infelices los que no aprovechan de este milagro de la misericordia divina[51].

Di a las almas que no pongan obstáculos en sus propios corazones a mi misericordia. Mi misericordia actúa en todos los corazones que le abren la puerta. Tanto el pecador como el justo necesitan mi misericordia. La conversión y la perseverancia son gracias de mi misericordia[52].

Deseo que tengan una confianza sin límites en mi misericordia. Las gracias de mi misericordia se toman con el recipiente de la confianza. Cuanto más confíe un alma,

---

[48] Encíclica *Dives in misericordia* 13.
[49] Diario N° 1485.
[50] Diario N° 1602.
[51] Diario N° 1448.
[52] Diario N° 1577.

tanto más recibirá. Las almas que confían sin límites son mi gran consuelo, porque en tales almas vierto todos los tesoros de mis gracias. Me alegro que pidan mucho, porque mi deseo es dar mucho, muchísimo. Me pongo triste, en cambio, si las almas piden poco, estrechando sus corazones[53].

Yo soy el Amor y la Misericordia mismas. Cuando un alma se acerca a Mí con confianza, la colmo con tal abundancia de gracias, que ella no puede contenerlas en sí misma, sino que las irradia sobre otras almas[54].

Por más grandes y numerosos que sean los pecados, por más abortos o asesinatos que se hayan cometido, su misericordia y su amor es más grande que todos los pecados del mundo reunidos. Pero Dios siempre respeta nuestra libertad y a nadie obliga a pedirle perdón ni a amarlo.

Si uno quiere condenarse, puede hacerlo. Por eso, le decía a santa Faustina: *Muchas veces, un alma me hiere mortalmente. Hace uso de mis gracias para ofenderme. Hay almas que desprecian mis gracias y todas las pruebas de mi amor, no quieren oír mi llamada y van al abismo infernal. La pérdida de estas almas me produce una tristeza mortal. En estos casos, aunque sea Dios, no puedo ayudar en nada al alma, porque ella me desprecia, siendo libre para despreciarme o para amarme*[55].

La gran mística austríaca María Simma decía: *Dios quiere la salvación de todos y da a cada uno, a no ser que peque contra Él con insolencia y presunción, dos o tres minutos para poderse arrepentir. Sólo el que lo rechaza, queda como condenado*[56].

Ciertamente que muchos pecadores, si no tienen una actitud de soberbia contra Dios y no lo rechazan en el último momento, Dios les dará la oportunidad de arrepentirse y reconciliarse con Él. Pero ¿por qué esperar al último momento? ¿Llegaremos con la suficiente humildad para poder pedir perdón? ¿Por qué no hacerlo, mientras tenemos vida?

Dice María Simma sobre la confesión: *La confesión es un regalo que Dios ha dado a la humanidad y que Satanás quiere destruir. Deberíamos ir alegres a confesarnos y no con temor como quiere el maligno. Las almas del purgatorio me han recalcado que el 60% de las depresiones desaparecían, si se aprovechase de este gran don. Si todos se confesaran regularmente, muchos médicos y farmacéuticos se quedarían sin sus principales clientes. La confesión es un sacramento mal comprendido. Y debe ser usado, no sólo para confesar los pecados graves, sino para mejorar a los ojos de Dios*[57].

---

[53] Diario N° 1578.
[54] Diario N° 1074.
[55] Diario N° 580.
[56] Simma María, *Le anime del purgatorio mi hanno detto*, Ed. Villadiseriane, 1995, p. 76.
[57] Simma María, *Fateci uscire da qui*, Ed. Segno, Udine, 1997, pp. 120-124.

Acudamos a la confesión con espíritu humilde y con agradecimiento. No callemos ningún pecado por vergüenza, hagamos propósitos de enmienda y tomemos la decisión de mejorar de vida. Pero, sobre todo, no caigamos en el pecado de la desesperación. Rechacemos la tentación de la desesperación y creamos en el amor, en el perdón, en el poder y en la misericordia del Señor.

EL INFIERNO

Algunos no creen en el infierno, pero éste no deja de existir, porque algunos no crean en él. El 3 de mayo de 1868, Don Bosco tuvo una revelación del infierno en una especie de sueño. Vio que por un camino caían muchos jóvenes, porque había unos lazos que eran como trampas. Estos lazos se llamaban: respeto humano (miedo a hacer el bien o evitar el mal por temor al qué dirán), envidia, desobediencia, impureza, orgullo, pereza, ira...

Pero también vio que, entre los lazos, había unos cuchillos para cortar los lazos como defensa contra ellos y se llamaban: lectura de la palabra de Dios, devoción a María, lectura de buenos libros, confesión y comunión...

Siguió avanzando por un camino bajo la guía de un ángel y vio un edificio inmenso en llamas, que era el infierno. El guía le dijo: *He aquí algunas de las causas de las caídas: los malos compañeros, las malas lecturas, las malas costumbres, las malas conversaciones.* Y dice Don Bosco: *El guía me invitó a entrar en el infierno, pero yo tenía mucho miedo. Me llevó a una caverna muy profunda donde estaban los que tenían pecados contra el sexto mandamiento: pecados de impureza. Yo le pregunté:*

- *¿No se han confesado?*
- *Se han confesado, pero los pecados de impureza los han confesado mal o los han callado a propósito. Por ejemplo: uno que cometió cuatro o cinco pecados de esta clase, dijo que sólo había faltado dos o tres veces. Hay algunos que cometieron un pecado impuro en su niñez y sintieron siempre vergüenza de confesarlo o lo confesaron mal o no lo dijeron todo. Otros no tuvieron el dolor y el propósito.*

Algunos, incluso, en lugar de hacer examen de conciencia estudiaron la manera de engañar al confesor... Solamente los que, arrepentidos de corazón, mueren con la esperanza de la eterna salvación, serán eternamente felices.

Vi otras cavernas donde estaban los que habían cometido diferentes clases de pecados; pero, al fin, el guía me insistió que tocara la pared de aquel gran edificio en llamas, que era el infierno, y me dijo:

- *Éste es el muro número mil. Hay mil muros más antes de llegar al último. Y, al decir esto, me agarró la mano, me la abrió con fuerza y me hizo golpear con ella la piedra de aquel muro número mil. En aquel instante, sentí una*

quemadura tan intensa y dolorosa que, saltando hacia atrás y dando un grito, me desperté.

Me encontré sentado en la cama y en la mano sentía un gran dolor y ardor. La restregaba contra la otra para librarme de aquella molesta sensación. Al amanecer, pude comprobar que mi mano estaba hinchada y la impresión de aquel fuego resultó tan fuerte que poco después se me cayó la piel de toda la planta de la mano derecha[58].

El infierno existe, aunque algunos no crean en él. La tragedia de muchos seres humanos es que han sido creados para amar y ellos se niegan a amar y ese rechazo los hará eternamente infelices. El infierno no es un lugar creado por Dios para castigar automáticamente a quienes han muerto en pecado mortal. Dios no se goza en tomar por sorpresa a algunos pecadores, enviándoles la muerte de improviso y así castigarlos eternamente en un mar de fuego del que no podrán salir ni aunque se arrepientan. No, las cosas son muy diferentes. Dios nos ama tanto que, en el último momento de la muerte, podremos hacer un acto plenamente consciente y libre, con plena libertad y conocimiento, de poder amarlo o rechazarlo definitivamente. La decisión será nuestra.

El Catecismo de la Iglesia católica nos lo dice con claridad: *El infierno es un estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados* (Cat 1033). *Las afirmaciones de la Escritura y las enseñanzas de la Iglesia a propósito del infierno son un llamamiento a la responsabilidad con la que el hombre debe usar de su libertad en relación a su destino eterno y constituyen un llamamiento apremiante a la conversión* (Cat 1036).

Como dice el gran teólogo Ladislaus Boros*: Nadie se salva o se pierde por un acaso. No puede ser que alguien se pierda eternamente por un accidente, porque durante su vida nunca llegó a saber nada exacto acerca de Dios, porque nació en el seno de una familia en que nunca experimentó lo que es amar y que, por lo mismo, tampoco nunca pudo tener una verdadera vivencia de Dios, que es amor. Tampoco puede perderse para siempre quien no creyó en Dios, a quien concibió puramente como fruto de una ley, como un tirano que lo rechazaba; o porque en su vida se rebeló contra todos y también contra Dios, a raíz de haber sido despreciado y herido constantemente por su mundo.*

Tampoco nadie se salva eternamente sólo por el hecho de haber tenido a padres piadosos o porque prejuicios burgueses lo abstuvieron de hacer el mal, que tanto deseaba hacer. Tampoco por haber tenido la ocasión que millares de hombres no tienen, hombres tal vez mucho mejores que él, de nacer en una parte de la Tierra en que todavía siempre es posible oír algo de Cristo o bien porque tuvo un temperamento agradable y llegó así a tener la vivencia de lo que es amar y ser amado y que, por lo mismo, nada le costó creer que Dios le amaba.

Dios no es un dios de juguete, sino un gran Señor. No se es condenado sin haber decidido con todo el ser, en total claridad y plena consciencia contra Cristo. Pero

[58] MB 9, 168-181.

tampoco nadie se salva y es "divinizado" definitivamente sin haber abrazado a Cristo voluntariamente y con todas las hilachas del espíritu. Todo hombre tiene la oportunidad definitiva de decidirse por Cristo o contra Él, en plena y absoluta lucidez y libertad[59].

Por eso, lo que quisiéramos ser en la eternidad debemos comenzar por serlo ahora mismo. Nuestra conversión definitiva debe sembrarse con conversiones parciales ya desde ahora. Debemos convertirnos ahora mismo, si sinceramente anhelamos la conversión en el momento de la muerte. Toda postergación de esta conversión previa es una mentira existencial (ibidem).

Por esto, el mismo Dios nos amonesta en su Palabra: *Basta ya de hacer como en tiempo pasado la voluntad de los malos, viviendo en desenfreno, en liviandades, en crápula, comilonas y borracheras* (1 Pe 4, 3). *Sed sobrios y vigilad, pues vuestro enemigo el diablo, como león rugiente, anda rondando buscando a quién devorar. Resistidle firmes en la fe* (1 Pe 5, 8).

MI EXPERIENCIA SACERDOTAL

En mis muchos años de experiencia sacerdotal, he tenido la oportunidad de confesar muchas horas de mi vida. He comprobado que muchos se confiesan por rutina y casi sin mayor arrepentimiento, quizás por costumbre o porque no ven pecado en nada. Otros se confiesan por cumplir, como un requisito que se recomienda para la confirmación, para el matrimonio, etc., pero sin mayores decisiones personales de cambiar y mejorar. No faltan, a veces, quienes han mantenido oculto un pecado vergonzoso durante años hasta que, al fin, se han atrevido a confesarlo y han encontrado así la alegría y la paz perdida. ¿Por qué esperar tanto tiempo? Si uno tiene vergüenza de confesarse con un sacerdote conocido, antes de cometer un sacrilegio y callar el pecado, es mejor confesarse con cualquier otro sacerdote desconocido.

También he conocido, especialmente mujeres, que por el pecado del aborto se creían ya condenadas o poco menos, y creían que no merecían el perdón de Dios. Para no sentirse hipócritas al ir a rezar con ese pecado, se alejaban de la Iglesia, soportando durante años el insoportable peso de su pecado con sus consecuencias de tristezas, violencia, malhumor etc.

Pero cuánta alegría he recibido al confesar a los niños inocentes o a grandes pecadores realmente arrepentidos, que se acercaban a confesarse después de muchos años de alejamiento de Dios. Recuerdo a algunos que se confesaban después de 40 ó 50 años; y yo, al ver la alegría que se reflejaba en su rostro, me decía a mí mismo: *Habría valido la pena haber nacido, ser sacerdote, haber confesado a esta persona y morir. Sí,*

---

[59] Revista *Misión abierta* Nº 10, noviembre 1972, pp. 517-527; tomado del libro de Ladislaus Boros *Meditaciones teológicas.*

habría valido la pena haber nacido para poder salvar un alma y devolverle la alegría de vivir.

¡Cuántos pecadores confesados a lo largo de los años por un sacerdote! ¡Cuántas horas pasadas en el confesionario, especialmente en los días de Semana Santa! Vale la pena ser sacerdote y distribuir el perdón de Dios a través de este sacramento. Personalmente, encuentro mucha paz al confesarme, como mínimo, una vez al mes, que es lo que recomiendo a mis fieles. Siento en mí mismo que la confesión es una fuente de bendiciones espirituales que no puedo perder. Por eso, quienes sólo se confiesan una vez al año, se pierden muchas bendiciones de Dios por no confesar y comulgar más frecuentemente, y de esto tendrán que dar cuenta a Dios, pues son pecados de omisión. Al no haber recibido las gracias que podrían haber recibido por la confesión y comunión se están privando de mucho amor y alegría a nivel personal y están robando mucha alegría y amor a quienes se relacionen con ellos.

Algo muy importante, como he podido comprobar personalmente, es hacer alguna vez una confesión general para reafirmar nuestro compromiso de no volver a cometer aquellos pecados de nuestro pasado, ya confesados, pero con los que no queremos ofender más a nuestro Dios.

REFLEXIONES

Lo primero que debemos entender sobre el tema de la confesión es que Dios es un Padre amoroso y no un gigante iracundo y cruel que nos mandará al infierno, si no obedecemos estrictamente sus mandamientos. Los mandamientos no son imposiciones arbitrarias de un déspota caprichoso, sino orientaciones de un padre bueno que nos indica así el camino de la felicidad para que no equivoquemos la ruta. Imaginemos que un conductor va por una carretera y ve un letrero que dice *Curva a la izquierda* y dijera: *Yo quiero ser libre, yo no quiero que nadie me imponga lo que debo hacer. ¿Por qué tengo que ir a la izquierda, si yo quiero ir a la derecha?* Y se va a la derecha y se cae al barranco, donde muere irremisiblemente. Eso les pasa a muchos hombres que son tan celosos de su libertad y de hacer lo que quieren según su criterio (es la mentalidad actual del relativismo) que no quieren obedecer los mandamientos de Dios y se van paso a paso, hacia la ruina eterna, siendo, sin saberlo, engañados por el diablo.

Eso les ocurrió a Adán y Eva. Eran felices en el paraíso, amaban a Dios, su alma resplandecía de luz y de amor. Y el diablo los engañó. Comenzó diciéndoles: *¿Dios os ha mandado que no comáis de los arboles todos del paraíso?* Primera mentira que Eva tiene que aclararle: *No, podemos comer de los árboles del paraíso, pero del fruto del que está en medio del paraíso nos ha dicho Dios: No comáis de él ni lo toquéis siquiera, no vayáis a morir* (Gen 3, 3). Y el diablo insiste en el engaño: *No moriréis; es que sabe Dios que el día que de él comáis, se os abrirán los ojos y seréis como Dios* (Gen 3, 4).

Y esto les hizo pensar a Adán y Eva. Se dijeron: Dios no quiere que seamos como él. Quiere que seamos sus esclavos. Entonces, Dios es malo, porque no quiere nuestra felicidad, nos quiere a su servicio eternamente. No quiere que seamos verdaderamente libres y felices. Por tanto, nosotros nos rebelamos contra Dios y vamos ahora mismo a comer de ese árbol y así seremos como él para poder discutir con él y enfrentarnos a él de tú a tú. Y ¿qué sucedió? *La mujer vio que el árbol era bueno para comerse, hermoso a la vista y deseable para alcanzar la sabiduría, y tomó de su fruto y comió y dio también de él a su marido que también con ella comió* (Gen 3, 6).

Y ocurrió la desgracia, se les abrieron los ojos para conocer su miseria y debilidad humana y vieron que estaban desnudos y se taparon con hojas de higuera y se escondieron de Dios, que como todos los días bajaba a hablar con ellos como un papá con sus hijos queridos. Fue la desgracia más grande de la humanidad, perdieron los dones preternaturales que Dios les había dado (inmortalidad, integridad, ciencia infusa, impasibilidad).

Todos los sufrimientos de todos los hombres de todos los tiempos tienen su origen en aquel pecado de soberbia. ¡A cuánta gente actual le ocurre algo parecido que a Adán y Eva! Se dicen: *No quiero creer en un Dios que me quita la libertad y no quiere que sea feliz. Si existe, es malo, porque me impone mandamientos que cortan mi libertad y felicidad. Para ser feliz, yo tengo que amar a esa persona que no es mi esposa, o tener dinero, aunque lo robe en la empresa en que trabajo, y tengo que gozar de la vida con toda clase de placeres sin restricción alguna*. Al final ¿qué ocurre? Que se hunden en su propia nada, y se hacen infelices a sí mismos. Una vida sin freno es una vida sin sentido, que los hunde en el abismo de la esclavitud de los vicios; y un hombre irresponsable y vicioso es todo menos feliz. Por eso, decía Saint Exupery: *Ser hombre es ser responsable.* Y el famoso siquiatra Viktor Frankl afirmaba: *La libertad puede convertirse en arbitrariedad, si no se vive con responsabilidad*[60].

Jesús dice: *el que peca es un esclavo* (Jn 8, 34). Al pecar, uno se hunde en el abismo de su esclavitud y se fabrica su propio infierno en esta vida y en la eterna.

Por otra parte, debemos reconocer que, sin Dios, nadie puede ser feliz. Esto lo sabía muy bien por experiencia san Agustín, que aseguraba: *Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está insatisfecho hasta que descanse en Ti*[61].

Por último, quisiera que reflexiones en la fragilidad de la vida, de tu vida, que se puede romper en cualquier momento. Hoy puede ser el último día de tu vida. ¿Lo has pensado en serio? ¿Sabes que no tienes la vida comprada y que Dios puede llamarte en cualquier momento? La vida es corta y se va agotando segundo a segundo.

¿Estás preparado para morir? No olvides que se vive una sola vez, que no hay reencarnación. Por tanto, cada minuto es precioso. No desperdicies el tiempo en cosas

---

[60] Frankl Viktor, *El hombre en busca de sentido,* Ed. Herder, Barcelona, 1981, p. 126.
[61] Confesiones 1, 1.

vanas. Haz algo para mejorar el mundo y la vida. Haz felices a los que te rodean. Y, si no puedes hacer el bien, nunca hagas daño a nadie. Debes estar siempre abierto y disponible para ayudar y servir, para perdonar y pedir perdón, para hacer el bien y amar sin descanso a los demás. Sonríe, agradece, perdona y no te canses nunca de hacer el bien a todos sin excepción. Nunca te canses de decir al que está a tu lado que significa mucho para ti. Levanta el ánimo decaído de los tristes y enfermos. Diles con palabras o sin palabras que los quieres. No importa, si se lo merecen o no. Tú haz el bien sin mirar a quien. No te fijes tanto en los defectos como en las cualidades de los demás. Levanta su autoestima, dales vida con tu sonrisa y tu alegría personal. Hay muchos que van tristes por la vida, porque creen que Dios es malo y los ha castigado injustamente. Háblales del amor y del perdón incondicional de Dios.

Recuerda siempre que vivir de verdad es amar y, para conseguirlo, cada minuto es precioso; no esperes al último momento para cambiar de vida. Vive a tope, con ganas, con entusiasmo, cada momento de tu vida, amando, sirviendo y ayudando a los demás. No seas egoísta, no mientas ni ofendas a nadie. Que toda tu vida sea un ejemplo para los demás y que todos puedan seguir tus huellas. Te deseo un paso por la vida lleno de luz y de amor. Te deseo que seas santo y seas feliz. Para ello, no te olvides de confesar y comulgar lo más frecuentemente posible, pues cada misa o cada confesión o comunión que pierdes, la pierdes para toda la eternidad. Debes ser un avaro espiritual, en el buen sentido de la palabra, buscando siempre crecer lo más posible para poder ayudar más y mejor a los demás. No seas mediocre, da lo mejor de ti mismo. Vive para la eternidad.

* * * * * * *

Jesús podría decirte: *¿Por qué no intentas abrirme tu corazón ahora mismo? Cuando me abras las puertas de tu corazón y te acerques a Mí, mi amor se derramará en ti a raudales. No importa lo que hayas hecho. Te amo por ti mismo. No necesitas cambiar para que te ame. Te he amado desde toda la eternidad y te seguiré amando por siempre. No desconfíes de mi amor por ti. Entrégate a Mí y dame todos tus pecados. Acércate sin miedo, confiesa tus pecados al sacerdote, que me representa, y verás milagros. Te lo juro por mi amor. Ábreme las puertas de tu alma, porque te estoy esperando. Y no tengas miedo, solamente confía en Mí.*

- *Oh Jesús, mi Señor y mi Dios, yo te amo y yo confío en Ti. He estado demasiado alejado de Ti por mis pecados, pero en este momento reconozco mi culpa y mi pecado. Y te pido humildemente perdón. Gracias por tener compasión de mí, que soy un pobre pecador. Gracias, porque a pesar de todos mis pecados, me has esperado hasta este momento para darme la oportunidad de perdonarme.*

  Gracias, porque tengo la seguridad de tu perdón, cuando me confieso. Gracias, Señor; en este momento, tomo la decisión de confesarme para poder estar con el alma limpia y poder recibirte lo antes posible en la comunión. Gracias, Jesús, por tu amor, por tu perdón y por tu paz. Amén.

CONCLUSIÓN

Después de haber visto qué es la confesión y cómo Don Bosco era verdadero apóstol de la confesión, podemos concluir diciendo que confesarse no es una opción para el que le guste. Confesarse, para un católico, debe ser una necesidad, al menos cada mes, como mínimo. Pues de otro modo, se perderá muchas bendiciones que Dios sólo le quiere dar a través de la confesión y comunión. ¡Cuántas bendiciones nos perdemos por no confesar y comulgar más frecuentemente!

Confesarse bien es una fuente inmensa de bendiciones y de alegría espiritual. Lo puedo decir por experiencia propia y ajena. Si tú quieres ser santo y crecer más y más espiritualmente, confiésate a menudo y comulga todos los días que puedas, asistiendo a la misa; si es posible, diariamente.

Te deseo lo mejor. Que Jesús Eucaristía llene tu corazón de alegría, paz y amor. Que seas un católico de verdad para que puedas compartir tu fe, tu alegría y amor con los demás, empezando por tu propia familia.

Recuerda que tienes una Madre, María, que cuida de ti. Y tienes un ángel que siempre te acompaña, pídeles ayuda y Dios te bendecirá mucho más de lo que puedas soñar o imaginar.

A Dios que es poderoso para hacer que copiosamente abundemos más de lo que podemos pedir o pensar, en virtud del poder que actúa en nosotros, a Él sea la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús, en todas las generaciones por los siglos de los siglos. Amén (Ef 3, 20-21).

Que Dios te bendiga y seas santo. Saludos de mi ángel.

Tu hermano y amigo del Perú
P. Ángel Peña O.A.R.
Parroquia La Caridad
LIMA - PERÚ
Teléfono: 4615894

BIBLIOGRAFÍA

Asti Gianni, *Don Bosco confessa i suoi ragazzi,* Ed. Elledici, 2006.
Bosco Teresio, *Don Bosco*, Ed. Salesiana, Lima.
Encíclica *dives in misericordia* de Juan Pablo II.
Exhortación apostólica *Reconciliatio et paenitentia* de Juan Pablo II.
Faustina Kowalska santa, *Diario,* Ed. Padres marianos, Stockbridge, 1996.
G.B. Lemoyne, Amadei, Ceria, *Memorie biografiche di san Giovanni Bosco,* 19 volumini, san Benigno Canavese, Torino, 1898-1937.
Giovanni Bosco San, *Magone Michele,* Torino, 1861 Cenno biografico sul giovanetto.
Giovanni Bosco San, *Vita del giovanetto Savio Domenico,* Torino, 1859.
Giovanni Bosco San, *Vita del giovane Besucco Franceso,* Torino, 1864.
Lanza Antonio, *Messaggi di Don Orione, Quaderno 69, Studio di Don Antonio*
Lanza Antonio, *Piccola opera della divina provvidenza*, Tortona- Roma, 1988.
Lemoyne, Amadei, Ceria, *Memorias biográficas,* 19 volúmenes, Ed. Don Bosco, Madrid, 1981-1989.
Lemoyne Juan Bautista, *Vida de San Juan Bosco,* Ed. Don Bosco, Buenos Aires, 1954.
Régine du Charlat, *Perdono e riconciliazone,* Ed. San Paolo, 2000.
Simma María, *Fateci uscire da qui,* Ed. Segno, Udine, 1997.
Simma María, *Le anime del purgatorio mi hanno detto,* Ed. Villadiseriane, 1995.

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org